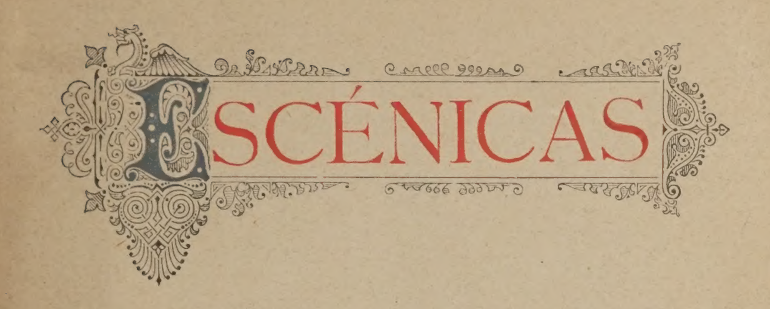
ABDÓN DE PAZ

OBRAS



El Rayo de luna.

Galerio.

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE — *Carrera de San Jerónimo, 2.*

ADMÓN. LÍRICO-DRAMÁTICA — *Cedaceros, 4, 2.° izq.ª*

1894

OBRAS ESCÉNICAS

Pero yo pienso darlas á la estampa, para que se vea despacio lo que pasa apriesa, y se disimula ó no se entiende cuando las representan.

CERVANTES.—*Adjunta al Parnaso.*

OBRAS ESCÉNICAS

DE

ABDÓN DE PAZ

EL RAYO DE LUNA

GALERIO

SEGUNDA EDICIÓN



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE || ADMÓN. LÍRICO-DRAMÁTICA

Carrera de San Jerónimo, 2. *Cedaceros, 4, 2.º izq.ª*

1894

Madrid.—Imp. y Lit. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.

EL RAYO DE LUNA

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Á

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

El drama cristiano del adulterio está por hacer, "y triunfo grande, extraordinario, sería, ha dicho Ud. con genial perspicacia, el de quien, sin infringir la ley moral, acertase á dar á un asunto de esta especie un desenlace de perdón que no frisara con lo repugnante".

¿Debe el marido burlado matar á la esposa que le burló?—"Sí", grita el honor, que vale más que la vida.—"No", grita la conciencia, que rechaza combatir una indignidad con otra. Y el Evangelio, que se alza sobre el honor, cuyos conceptos varían, y sobre la conciencia, cuyas determinaciones varían también, enseña al proclamar la indisolubilidad del matrimonio: *Quod Deus conjunxit, homo non separet*.

Sin embargo, puede escribirse un drama acorde con nuestra cultura racional, informada por la santidad evangélica; pero de tan nimio interés escénico, que aduerma á los espectadores.

Tal dificultad me propuse vencer en la presente obra, dificultad acrecida al omitir la carta del galán descubierta por el marido, como resorte de su nudo, y el hierro ó el fuego en exposición gentílica, como resorte de su desenlace: medios vulgares á fuerza de repetidos desde los tiempos calderonianos.

El rayo de luna, admitido por una de las empresas del Teatro Español, según oficio que conservo, y no representado aún por circunstancias que no hay para qué referir, tiende á algo más que á reflejar hechos, en los cuales apenas si con timidez se inicia un problema. Seguro de que ningún médico se detuvo en el diagnóstico de ninguna enfermedad, expongo la de que se trata con entera amplitud realista. Pero seguro de que si la belleza es la verdad, la verdad que rebasa los límites del natural instinto deja de ser fuente de belleza; de que si Nerón asesinando á su madre inspira terror trágico, Nerón galanteando á su liberto inspirará siempre náuseas; invoco en el psicologismo social de mi drama terapéutica diferente.

Profeso una teoría literaria, que yo denominaría "Realismo Cristiano", tan distante de quien, en su odio á las formas sensibles, juzgara meritorio arrancarse los ojos por no ver, como de quien, convirtiendo la excepción en regla, dedujese de la existencia de los jorobados el principio de que todos nacemos con joroba. Y al practicar esta teoría, sigo un norte: el hecho positivo de que individuos y naciones acaban atrayéndose el premio ó el castigo, como hijos que son de sus obras.

¿He acertado? Ud. cree que sí, y de ello me felicito. Ahora, al público toca responder. ¡Y ojalá, para dedicar á Ud. algo notable, que la respuesta sea afirmativa!

Abdón de Paz.

Madrid, 1893.

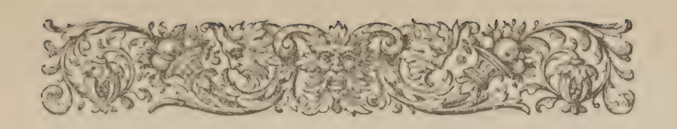
PERSONAJES

ENRIQUETA.
MARÍA.
TEODORO.
OSCAR.
GONZALO.
EL VIZCONDE.
UN MÉDICO.
UN AYUDA DE CÁMARA.
UN JARDINERO.
UN LACAYO.

La acción contemporánea.

La escena en un hotel de los alrededores de Barcelona.

Derecha é izquierda, las del espectador.



ACTO PRIMERO

Gabinete suntuoso en el piso bajo del hotel en que viven Oscar y Enriqueta. — Puerta al foro, que comunica con uno de los vestíbulos del edificio. — Á la derecha, en primer término, chimenea con fuego; en segundo, puerta á las habitaciones de Enriqueta. — Á la izquierda, en primer término, puerta con verja y cristales que conduce á la explanada de un jardín; en segundo, balcón á dicho sitio. — Junto á la chimenea un sofá, y sobre aquélla un reloj, un timbre y una palmatoria apagada.— Al extremo opuesto un velador, y sobre éste una lámpara á media luz.

ESCENA PRIMERA

Oscar, recostado en la chimenea.—**Ayuda de cámara,** con un estuche en la mano, observa desde el foro hacia la parte exterior del vestíbulo.

AYUDA DE CÁMARA.

(Gritando después de ligera pausa.)

Por ahí vayan ustedes.
Todo derecho á la izquierda.

OSCAR.

Déjalos.

AYUDA DE CÁMARA.

(Bajando á escena.)

Ya se marcharon.
—La culpa, señor, no es nuestra.

OSCAR.

Comprendido.

AYUDA DE CÁMARA.

La señora
recibe á cuantos se empeñan
en contarle sus desgracias,
fingidas ó verdaderas,
y aunque vigilemos mucho
me temo que le suceda
un fracaso cualquier día.

OSCAR.

(Con velado interés.)
¿Los conocistes?

AYUDA DE CÁMARA.

Á medias.
Un padre que con su hijo,
hará una semana apenas,
suele acudir por las tardes
á la esquina de la verja.
Y como el padre, que es ciego,
mantiene actitud severa,
inmóvil en su dolor,
más negro que sus tinieblas,
y como el hijo, que es guapo,
tiende el arco de manera
(simulando que toca el violín)
que entusiasma con sus notas;
la gente que los rodea
mira al uno y se entristece,
escucha al otro y se alegra,
y habla de ambos con misterio,
con misterio de novela.

OSCAR.

¿Qué los trajo á Barcelona?

AYUDA DE CÁMARA.

Ellos sabrán la respuesta.
Parece que al retirarse
de sus negocios de América,
perdieron en el naufragio
del brik-barca *Santa Elena*
los restos de su fortuna,
motivo de su indigencia.
—(Indicando por el balcón.)
Allá se deshizo el buque,
luchando contra las peñas
que á la falda del Montjuich
azota la mar soberbia.

OSCAR.

¡Anunciar su desventura
por hoteles y plazuelas!

AYUDA DE CÁMARA.

Jesucristo, con ser Dios,
enalteció la pobreza.

OSCAR.

Quizá, bajo esos disfraces,
ocultan alguna idea...

AYUDA DE CÁMARA.

Pues tienen aspecto noble.

OSCAR.

Me irrita que los defiendas.
Niégales siempre la entrada.

AYUDA DE CÁMARA.

Mi deber es la obediencia.

OSCAR.

¿Y el aderezo?

AYUDA DE CÁMARA.

(Entregándosele.) En la mano
juntamente con la cuenta.

OSCAR.

Que preparen la berlina.

AYUDA DE CÁMARA.

(Para el diablo que te entienda.)
(Vase por el foro.)

ESCENA II

Oscar. — **Enriqueta.** — Después un **Lacayo.**

ENRIQUETA.

(Por la puerta de la derecha.)
Ceño adusto. ¿Qué ha ocurrido?

OSCAR.

Efectos de tu manía.

ENRIQUETA.

¡Manía la caridad!

OSCAR.

En cuanto se extralimita
de las fórmulas sociales.

ENRIQUETA.

Según tu ciencia egoísta.
La caridad es el bien,
y el bien la luz infinita
que sembró el cielo de soles,

la tierra de siemprevivas,
la razón de pensamientos
y el corazón de alegrías.
¡Cupiera objeto tan grande
en fórmulas tan mezquinas!

OSCAR.

Un año hará que alquilamos
este hotel, y compasiva
destinaste todo un piso
á lujosa enfermería,
en que siete desgraciados
hallan término á sus cuitas.

ENRIQUETA.

Lágrimas que enjuga el bien
son perlas de tal valía,
que las engarzan los ángeles
á la Corona Divina.

OSCAR.

No discuto tus creencias;
mas no estoy por que recibas
á músicos novelescos
como el *doncel* de la esquina.

ENRIQUETA.

Yo le invité á que viniera
con su padre... ¿Están arriba?

OSCAR.

Se les despidió en el acto.

ENRIQUETA.

¡De orden de quién?

OSCAR.

De orden mía.

ENRIQUETA.

Al regresar hoy del Parque,
á donde fuí con tu niña,
nos sorprendió junto á casa
multitud azoradísima
ante un potro desbocado
que á su jinete derriba.
Y hay lamentos, y carreras,
y empujones, y caídas,
cuando el *doncel* nos escuda,
sale al bruto y le domina.

OSCAR.

Tasárame su denuedo
en una letra á la vista.

ENRIQUETA.

Dudo, Oscar, de que se venda.

OSCAR.

¿Pobre y soberbio?...¡Qué risa!

ENRIQUETA.

(Con intención.)
Pobre debiera ser alguien
cuyas riquezas indignan.

OSCAR.

¿Así pagas, Enriqueta,
mi cariño?...

ENRIQUETA.

¡Deuda impía!

OSCAR.

Por tí falté á una mujer
á mi seducción rendida,

mártir que llevó en su seno
á mi cándida María.

ENRIQUETA.

Si te acusas de verdugo,
¿cómo ser ella mi víctima?

OSCAR.

Por tí falté...

ENRIQUETA.

Separémonos.

OSCAR.

¡Oh! La eterna pesadilla.

ENRIQUETA.

Sin madre desde la infancia,
crecí, errante golondrina,
en una playa extranjera
al lado de cierta amiga,
que derramó en mi cerebro
ambiciones desmedidas.
Piloto de un bergantín
de un puerto de la Florida,
mi padre, sencillo y bueno,
olvidaba en sus fatigas
por las tormentas del mar
las tormentas de mi vida.
Y en vano clamé su auxilio
á las olas y á las brisas:
el eco de una campana
gimió que ya no existía.
—Sola en el mundo, hallé un hombre,
memoria siempre bendita,
que me dió ante los altares

apellido, hogar, familia.
«Un nene tengo, me dijo.
Ampárenle tus caricias
con maternal diligencia,
y completarás mi dicha.»
—¡Y yo causé su deshonra!
¡Y tú causaste su ruina!
No hay fuego que me acrisole.
No hay perdón que me redima.
Venciste á la pecadora.
Vénzate la arrepentida.

OSCAR.

Juntos hemos de salvarnos
ó perdernos.

ENRIQUETA.

¡Ni cautiva!

OSCAR.

¡Y ay de tí si maquinaras!...

ENRIQUETA.

¿A qué provocas mis iras?

OSCAR.

Igual peligro corremos.

ENRIQUETA.

Permíteme que distinga
el *pecado* del *delito*.

OSCAR.

Entiendo; más la Justicia
te *condenó* como á mí,
aunque con pena distinta.

ENRIQUETA.

Pues dejemos de ocultarle
nuestros nombres, de eludirla,
y Oscar y Enriqueta cumplan
la *condena* merecida.

OSCAR.

(Oprimiéndola contra el suelo.)
¿Eso pretendes?...

ENRIQUETA.

(Desasiéndose.) ¡Oscar!...
(Luego, sollozando entre miedosa y ofendida.)
Una transacción. Habita
este piso, y yo en el otro.

OSCAR.

(Por distraerla y distraerse.)
La Ópera aguarda.

ENRIQUETA.

¿Deliras?

OSCAR.

Con tan bonito aderezo (ofreciéndoselc),
has de excitar mucha envidia.

ENRIQUETA.

(Negándose como extraviada.)
¿Y mi Teodoro? ¿Y Gonzalo?...

OSCAR.

¡Psé!

ENRIQUETA.

(Vengaré sus desdichas.)

OSCAR.

Teodoro murió, y su hijo
hará suerte en las Antillas.

ENRIQUETA.

¡Fantasmas aterradores,
que me acosan, que me espían!

OSCAR.

¿Cuántos moluscos perecen
para que un cetáceo viva?
La fuerza es reina absoluta.
¿Quién osará resistirla?

ENRIQUETA.

Dios, que á los mártires premia
y á los tiranos castiga.

OSCAR.

¿Me amenazas?

ENRIQUETA.

Te prevengo.

OSCAR.

Mujer fatal!

LACAYO.

(Desde el foro.) La berlina.

(Vase.)

ESCENA III

Dichos. — **María,** con traje corto.

MARÍA.

(Por la puerta de la derecha.)
¿Habrá razón que os convenza?
¡Á un regaño otro mayor!

ENRIQUETA.

(Aparte á Oscar.)

Respetemos su candor.
Nuestra discordia avergüenza.

OSCAR.

(Idem á Enriqueta.)

¡Por mi alhaja tal cuidado!

ENRIQUETA.

Aun cuando el sér no le dí,
como madre la acogí,
como madre la he educado.

MARÍA.

Os sobra el oro. ¿Y qué importa?
La paz es el primer bien.
Asentadla en vuestro Edén,
ya que la vida es tan corta.

OSCAR.

(Por Enriqueta.)

No se la puede aguantar.

MARÍA.

Para que yo os juzgue buenos,
quererse más, hablar menos,
y pelillos á la mar.

—(Después de cogerles inútilmente las manos, con objeto de que se las estrechen, dice á Oscar.)

¿Qué motiva tu dolor?

(Á Enriqueta.)

¿No eres cual nadie feliz?

(Á los dos y mostrando sentimiento por ella.)

Agostada la raíz,
¿cómo ha de vivir la flor?

ENRIQUETA.

Nunca pensé sufrir tanto.

MARÍA.

Gozárais con recordar
el día en que ante el altar
os jurasteis amor santo.

ESCENA IV

Dichos. — **Ayuda de cámara.** — Después el **Vizconde**.

AYUDA DE CÁMARA.

(Anunciando desde el foro.)
El señor Vizconde.

MARÍA.

¡Títere!

OSCAR.

Que pase.

ENRIQUETA.

Me voy.

OSCAR.

(Deteniéndola.) Prudencia.

VIZCONDE.

(Avanzando.)
Saludo á los venturosos
hijos del Centro de América.

ENRIQUETA.

(Transición.)
Adiós, Vizconde.
(El reloj da nueve campanadas.)

VIZCONDE.

Las nueve.

Ya habrá empezado *Lucrecia*.
¿No van ustedes á oirla?

ENRIQUETA.

Me siento un poco indispuesta.

VIZCONDE.

¿Y usted, María?

MARÍA.

Me quedo
acompañando á la enferma.

VIZCONDE.

(Fijándose en el aderezo que está mirando Oscar.)
Precioso. Fué elección mía.

ENRIQUETA.

Que su buen gusto revela.

VIZCONDE.

Debía estrenarle esta noche,
función de beneficencia
en que lucirán sus galas
las damas barcelonesas.
Aseguro desde luego
que ha de extrañarles su ausencia.
La colonia americana
quiere aliviar la miseria
de unos infelices náufragos
de embarcación extranjera,
que se sumergió en el agua
cuando iba á tocar en tierra.
Será una función notable,
y más si usted le dispensa
su concurso, deslumbrando,

á través de su modestia,
con fulgores de hermosura,
de elegancia y de riqueza.

OSCAR.

Inútilmente se cansa.
No hay medio de convencerla.

VIZCONDE.

—(Bajo á Oscar.)

Pepeta le aceptaría.

OSCAR.

(Idem al Vizconde.)

Pues se le llevo á Pepeta.

—(Alto y guardándose el estuche en el gabán.)

Le volveré al diamantista.

(Entra en su habitación.)

VIZCONDE.

(Poniéndose los lentes.)

(¡Muy linda costarriqueña!
Distraigamos al marido,
si es tan bobo que se deja.)

OSCAR.

(Saliendo con sombrero de copa y dirigiéndose al Vizconde.)

Á sus órdenes.

VIZCONDE.

(Bajo á Enriqueta al despedirse.)

¡Qué mano!

(Alto á María, y extraordinariamente afectuoso para que lo observe Oscar.)

Au revoir. [1]

ENRIQUETA.

(¡Qué insolencia!)

---

1 Pronúnciese: *O revoar.*

OSCAR.

(Por el Vizconde y con júbilo.)

(¡Cómo distingue á mi hija!)

VIZCONDE.

(Por Enriqueta y con énfasis.)

(¡La flecho de una manera!...)

(Vanse ellos por el foro, siguiéndolos ellas con la vista hasta cerciorarse de que han salido del hotel.)

ESCENA V

Enriqueta. — María.

MARÍA.

¿Y el joven que nos salvó?

ENRIQUETA.

Vino al punto con su padre;
mas el tuyo, violento,
los despidió en són de ultraje.

MARÍA.

¿Ignora el bien que nos hizo?

ENRIQUETA.

Igual que si le ignorase.

MARÍA.

Su valor merece premio.

ENRIQUETA.

¡La Virgen quiera otorgársele!

MARÍA.

No sabemos dónde vive.

ENRIQUETA.

Aunque procure ocultarse
en el fondo de una tumba,
le he de buscar hasta hallarle.

MARÍA.

Protégelos.

ENRIQUETA.

Muy gustosa
diera al uno este brillante (una de sus sortijas).

MARÍA.

Que rechazó delicado.

ENRIQUETA.

Y ofrecí al otro curarle,
por cuantos medios hubiera,
de las sombras en que yace.

MARÍA.

Ciego, náufrago, abatido,
lloraba sin contestarte.

ENRIQUETA.

Lluvia con que el alma templa
el fuego de sus pesares.

(Suena en la calle, á los sentidos acordes de un violín, el *wals de la sombra* de la ópera DINORAH.)

MARÍA.

¡Tu música favorita!
¡El *wals de la sombra!*

ENRIQUETA.

Cállate. (Pausa.)

MARÍA.

¿No los llamas?

ENRIQUETA.

Ahora mismo.

(Toca el timbre.)

ESCENA VI

Dichas. — Ayuda de cámara.

ENRIQUETA.

(Indicando al criado, que asoma por el foro, hacia donde suenan las notas.)

Que suban.

AYUDA DE CÁMARA.

Yo por mi parte...
Mas hay orden en contrario.

ENRIQUETA.

Que suban, digo.

AYUDA DE CÁMARA.

Al instante.

ESCENA VII

Enriqueta. — María.

ENRIQUETA.

Ámalos, noble María,
que es muy justo que los ames.

MARÍA.

De tí aprendí que hay personas
dignísimas, intachables,
que, mereciendo palacios,
no tienen donde albergarse.

ENRIQUETA.

Dispón sus habitaciones
cual si de mí se tratase.

MARÍA.

Tal es mi afán de servirles,
que no faltará un detalle.

ENRIQUETA.

¡Cuánto alivia mi tristeza
la bondad de tu carácter!
(Cesa la música.)

MARÍA.

¡Joven, bella, afortunada,
y de continuo has de hablarme
de cosas tristes?... No entiendo.

ENRIQUETA.

La juventud es un ave
que, apenas nacida, vuela
consumiéndose en el aire;
la belleza es un perfume
que se disipa al tocarle,
y la fortuna una loca,
y como loca, inconstante:
todo ilusión de ilusiones,
vanidad de vanidades,
pompas que un soplo levanta
y que otro soplo deshace;

olas que avanzan altivas,
amenazando tragarse
cielo y tierra, cuanto abarca
el pensamiento insondable,
para rendir abatidas
la espuma de su oleaje
ante unos granos de arena,
despojo de tempestades.

MARÍA.

¿Te complace el afligirme?

ENRIQUETA.

Dibujaba tosca imagen
de las grandezas humanas.

MARÍA.

Dibújame las de un ángel.

(La abraza y besa.)

ESCENA VIII

Dichas. — **Teodoro,** ciego, conducido del brazo de **Gonzalo.** — Ambos visten con humildad que no rebaje su decoro. El primero, con bigote negro y barba entrecana, lleva en la mano un grueso volumen en octavo francés. El segundo sostiene, con la que le queda libre, el violín y el sombrero.

GONZALO.

(Desde el foro.)

¿Se puede entrar?

ENRIQUETA.

(Procurando serenarse.) Adelante.

TEODORO.

(Descubriéndose y avanzando inquieto con su hijo.)

(¡Esa voz!)

ENRIQUETA.

(Atormentada por lo pasado y alentada por lo porvenir.)

(¡Es él!)

GONZALO.

Señora...
Aunque el acto nos desdora,
cedemos á su galante
invitación. Hace poco
nos arrojaron de aquí.

ENRIQUETA.

(Sentándolos en el sofá y cogiéndoles los sombreros y el violín, que coloca en butacas próximas.)

Ya que cedieron por mí,
les ruego...

TEODORO.

(¡Si estaré loco?)

ENRIQUETA.

(Fijándose en el libro que lleva Teodoro.)

La Biblia.

GONZALO.

Que raras veces
se aparta de él.

TEODORO.

(Entregando el volumen.)

Es mi templo,
mi luz, mi vida, mi ejemplo,
ley de leyes, juez de jueces;
cuyo sentido armonioso

dicta, según nuestro estado,
consuelos al desgraciado
y advertencias al dichoso.

ENRIQUETA.

(Leyendo alto, en el punto que abrió á la ventura.)

«Porque profanaste tu santificación con iniquidades numerosas y negociaciones injustas, sacaré de tí fuego que te devorará, y te convertiré en ceniza sobre la tierra á presencia de cuantos te vieren.» [1]

GONZALO.

Habla del Ángel Caído.

ENRIQUETA.

El ingrato que se alzó
contra quien le enalteció,
merece ser abatido.

TEODORO.

Me lee sus textos Gonzalo,
y al oirlos me enajeno,
pues hallo que hay un Dios bueno
sobre este mundo tan malo.

MARÍA.

(Revelando espontáneo interés por los huéspedes.)

Voy á servirles, mamá.

ENRIQUETA.

¡Niña atenta!

TEODORO.

¿Qué edad tiene?

1 Ezequiel, XXVIII, 18.

MARÍA.

Quince años.

TEODORO.

(No conviene
la fecha.)

ENRIQUETA.

(¿Qué pensará?)

(María desaparece por la derecha.)

ESCENA IX

Enriqueta. — Teodoro. — Gonzalo.

TEODORO.

¡Infeliz de mí, señora,
sin la ayuda de mi hijo!

ENRIQUETA.

(Colocando el libro junto al violín.)
Del nuevo Schúbert. Le elijo
por maestro desde ahora.

GONZALO.

¿Qué hiciera para honra tal?

ENRIQUETA.

¿Olvida lo de esta tarde?

TEODORO.

Peca de intrépido.

GONZALO.

Alarde
de cariño paternal.

ENRIQUETA.

Elogio harto bien ganado.
Su noble solicitud
demanda mi gratitud.

TEODORO.

¡Su gratitud! ¿Y el cuidado
que revela por mi vista?
Tanto me agita el deseo
de recobrarla, que creo
que es imposible...

ENRIQUETA.

No insista.
¿La perdió usted en España?

TEODORO.

En Méjico.

ENRIQUETA.

¿Hacia qué parte?

TEODORO.

En Veracruz.

ENRIQUETA.

(Se me parte
el corazón.)

TEODORO.

¿Qué le extraña?

ENRIQUETA.

Toda desgracia interesa.

TEODORO.

Pocas habrá cual la mía:
interminable agonía

que una esfinge coruñesa,
que una Enriqueta causó.

ENRIQUETA.

¿Quiere la historia contarme?

TEODORO.

Sólo usted ha de escucharme.

(Gonzalo ofrece su asiento á la oyente, que le rehusa, preguntando Teodoro con dignidad.)

¿Hay alguien?

ENRIQUETA.

Nadie.

GONZALO.

(Sentándose de nuevo.) Soy yo.

TEODORO.

La honradez por compañera
y el comercio por amigo,
salí mozuelo de Vigo
en embarcación ligera
que dió en Méjico conmigo.
En Veracruz residía,
si no envidioso, envidiado,
cuando enlace efectuado
con dama de gran valía
vino á mejorar mi estado.
De aquel enlace nació
mi Gonzalo, mi consuelo,
cuya vida se encendió
en la luz que despidió
su madre al subir al cielo.
—¡Cuna en forma de ataúd!
Por cuidar de su niñez

con toda solicitud,
mi primera juventud
se consumió en la viudez.
Pero cruzó mi camino,
golondrina del Ferrol,
la huérfana de un marino.
Yo era una planta sin sol,
y ella el sol de mi destino.
Y al mirarla abandonada
dí mi mano á la española.
¿Quién su porvenir no inmola
á belleza desgraciada
que gime en el mundo sola?
—Diez meses iban pasados,
instantes para el cariño,
en su casa los casados,
en su colegio mi niño,
y todos afortunados.
Vencedor en mi campaña,
traté de volver á España.
¡Qué de afanes, qué de apuros,
representa una montaña
de medio millón de duros!
—Impuse mi capital,
contra la plaza de Vigo,
en la banca de un amigo
que había cumplido leal
otros negocios conmigo.
Mas ¡ay! que el amigo artero,
que Oscar, colmo de traición,
alzóse con mi dinero.
Aquel hombre era un ladrón
disfrazado de banquero.
¡Y Enriqueta le seguía,

de su Teodoro en deshonra!
¡Falsía sobre falsía!
Estaban tan faltos de honra,
que ambicionaron la mía.
—Caí enfermo, enfermo grave,
y aun se dijo que había muerto.
Y que morí, Dios lo sabe.
¿Qué vida en el mundo cabe
cuando el mundo es un desierto?
Maldigo la infausta hora
en que la salud cobré,
y bendigo si lloré
tanto mi suerte opresora,
que por no verla cegué.

ENRIQUETA.

Acaso la fementida,
si mordió astuta culebra,
ignoró lo de la quiebra
hasta después de la huída.

TEODORO.

Por indicio irrebatible
la condenó el tribunal
á prisión correccional.

ENRIQUETA.

Sólo Dios es infalible.

TEODORO.

¡Y Él á los malos abona!
¡Y Él los permite vencer!

GONZALO.

Algo indujo á suponer
que se hallan en Barcelona.

TEODORO.

¿Quién fía en suposiciones?

ENRIQUETA.

Indaguen cuanto les plazca;
mas en sus almas renazca
la fe con sus ilusiones.

TEODORO.

Que acibara el desengaño.
Persiguiendo un *ideal*,
vine á la Ciudad Condal,
y Luzbel rugió en mi daño
para hundir en este puerto
migajas de mi fortuna.
Un mal al otro se aduna.
¡Valiera más haber muerto!

ENRIQUETA.

Sé de un médico famoso,
de un renombrado oculista,
y haré que á Teodoro asista.

GONZALO.

No consentirá su esposo...

ENRIQUETA.

Ocupado en sus asuntos,
se fija poco en los míos.

TEODORO.

¡Qué sentimientos tan píos!

ENRIQUETA.

Á usted y á Gonzalo juntos
preparé linda morada
encima de nuestro piso.

TEODORO.

Merced que abruma.

ENRIQUETA.

Es preciso.
Nada los detenga, nada.

ESCENA X

Dichos. — María.

ENRIQUETA.

¿Acabaste ya, María?

MARÍA.

Cuando gusten los señores...

GONZALO.

(Levantándose con su padre.)
Rendidos á sus favores.

MARÍA.

Encenderé la bujía.
–(Enciende la palmatoria, y dice con ella en la mano.
Cumplí con mi obligación
cual es mi norte cumplir.
Nada tendrán que pedir
á su nueva habitación.
Será, lejos de las otras
que albergan común dolencia,
museo para la ciencia
y templo para nosotras.
Una sala y una alcoba,
con ventanas al jardín,
darán término al esplín
que el gozo á sus almas roba,

pues desde un cielo simpar
el sol sus espacios baña,
guardados por la montaña
y arrullados por el mar;
en tanto, dulces, suaves,
les rinden puros amores,
con su fragancia, las flores,
y con su canto, las aves.

ENRIQUETA.

(Por Teodoro, mientras María les alcanza los sombreros, el libro y el violín.)

(¿Cómo aplacar sus enojos?
¿Cómo execrar mis agravios?
No hay palabras en mis labios...
Pero sí llanto en mis ojos.)

MARÍA.

(Dirigiéndose con la luz al foro, desde el cual advierte á los huéspedes.)

¿Están en disposición?

GONZALO.

(Observándola con interés.)

(¡Rostro angelical, bendito!)

ESCENA XI

Dichos. — Oscar y el **Vizconde.**

OSCAR.

(Cortando el paso á María.)

¡Y eres tú?...

ENRIQUETA.

(Dominándose.) (¡Oscar!)

OSCAR.

No permito...

TEODORO.

(¡Esa voz!)

GONZALO.

(¡Qué humillación!)

ENRIQUETA.

Nos salvó el hijo esta tarde,
y el padre se encuentra ciego.

MARÍA.

Si de algo vale mi ruego...

TEODORO.

(¿Será el traidor, el cobarde?)

VIZCONDE.

(Por Enriqueta.)
(Hablan de ella no sé qué...
Conviene ser atrevido.)

TEODORO.

(Podrá engañarme el oído.
La vista nunca. ¿Qué haré?)

OSCAR.

(Á María.)
Por tí cedo á tal abuso.

VIZCONDE.

La caridad ante todo.

TEODORO.

(Si yo descubriera modo...)

ENRIQUETA.

(Con tranquilidad afectada al Vizconde.)
¿No hubo función?

VIZCONDE.

Se indispuso
la *prima donna*. (Y no hallamos
á la segunda en su casa.)

OSCAR.

(Examinando receloso á Gonzalo y Enriqueta)
(No sé lo que por mí pasa
al mirarlos.)

MARÍA.

(Á Gonzalo.) ¿Vamos?

TEODORO.

(Del brazo de su hijo. Vamos.

MARÍA.

¿Y tú, mamá?

ENRIQUETA.

Yo...

OSCAR.

¿No subes?

ENRIQUETA.

Subiré.

OSCAR.

(¡Qué terquedad!)

4

MARÍA.

(Á Enriqueta.)
Eres un sol de bondad.

ENRIQUETA.

(Pálido sol entre nubes.)

(Teodoro y Gonzalo siguen á las damas por la derecha del vestíbulo. Disgusto en Oscar; extrañeza en el Vizconde. — Cuadro. — Telón.)





ACTO SEGUNDO

Caída de la tarde.—Á lo largo del foro, elegante verja, con portada en medio, que da entrada á un jardín con bastantes árboles.—Á la derecha, fachada lateral del hotel en que habitan Enriqueta y su amante. En primer término, escalinata que conduce al gabinete del acto primero. En segundo, exterior del balcón que figuró en el mismo. Entre ambos un banco de hierro.—Á la izquierda, la caseta del jardinero con puerta visible. Entre la caseta y la verja, ancha senda que se supone guía á la salida del edificio.

ESCENA PRIMERA

El **Jardinero**, con una azada al hombro, se dirige desde la caseta al **Ayuda de cámara**, que, en medio de la escena, está acabando de atar un ramillete de flores.

JARDINERO.

¿Y los amos?

AYUDA DE CÁMARA.

(Con ironía.) Tan famosos.

JARDINERO.

¿No salen hoy?

AYUDA DE CÁMARA.

Lo presumo.
Desde que, dos meses hace,

vinieron como de oculto
el ciego y su hijo, el hotel
se ha convertido en sepulcro.
—Instalóse la señora
en su hospital del segundo,
mientras que la señorita
y su padre viven juntos
aquí abajo... Mar picada,
viento fuerte y cielo obscuro.

JARDINERO.

Nubecillas.

AYUDA DE CÁMARA.

Nubarrones.

JARDINERO.

(Encaminándose al foro.)
Adiós, pécora.

AYUDA DE CÁMARA.

(Deteniéndole.) Barrunto...
que están sin casar los amos.

JARDINERO.

Pues se lo cuentas al Nuncio.

AYUDA DE CÁMARA.

Y que usan nombres supuestos.

JARDINERO.

Cada noticia un absurdo.

AYUDA DE CÁMARA.

(Con misterio.)
Por algo rondan la esquina
del hotel dos pajarucos,
uno de ellos alguacil,
paisano mío, de Burgos.

JARDINERO.

(Impresionado.)
¡Los viste?

AYUDA DE CÁMARA.

Al volver de clase.

JARDINERO.

Te trastornan los estudios.

AYUDA DE CÁMARA.

Hay gente caritativa
que no gana para sustos.

JARDINERO.

Muerdes bien.

AYUDA DE CÁMARA.

De aquí á una hora
el señor escurre el bulto.
Le preparé el equipaje
en secreto. ¡La del humo!

JARDINERO.

¡Pobre de ti si te oyera!

AYUDA DE CÁMARA.

Á su lado aprendí mucho,
y ante el vencedor me bajo,
y ante el vencido me subo:
condición para hacer suerte
en tierra de mamelucos.

JARDINERO.

¿Y la señora?

AYUDA DE CÁMARA.

Se queda
con sus enfermos, los únicos

que despiertan la sonrisa
en su cara de disgusto.
Se desvive por el ciego.

JARDINERO.

¿Y el ciego sana?

AYUDA DE CÁMARA.

Lo dudo,
á pesar de que le asiste
un médico inglés ó ruso,
hombre de gran experiencia
y de talento profundo.
Recayó dos ó tres veces.

JARDINERO.

¡Infeliz!

AYUDA DE CÁMARA.

¡Qué genio el suyo!

JARDINERO.

¿Vas á pincharle también?

AYUDA DE CÁMARA.

¿Y quién es él? Un intruso.
Parece un rey destronado,
un...

JARDINERO.

Hablemos de otro asunto.

AYUDA DE CÁMARA.

¡Siempre escuchando á hurtadillas!
¡Siempre preguntando mustio!
Y todo porque el Vizconde...

JARDINERO.

Calla.

AYUDA DE CÁMARA.

El Vizconde es un cuco.
Hoy come aquí. Ya está arriba...

JARDINERO.

(Amenazándole.)

Digo que calles.

AYUDA DE CÁMARA.

(Con timidez.) Soy justo.

JARDINERO.

Me revientan los chismosos.

AYUDA DE CÁMARA.

Y á mí los...

JARDINERO.

Anda.

AYUDA DE CÁMARA.

(¡Qué bruto!)

(Se van, el uno por la derecha del jardín y el otro por detrás del hotel. El ayuda de cámara se inclina ceremonioso ante María, Teodoro y Gonzalo, que vienen por el mismo sitio.)

ESCENA II

María, con traje largo. — **Teodoro** y **Gonzalo**, decentemente vestidos. Aquél, afeitado, con bigote negro y una venda en los ojos, avanza apoyado en el joven.

MARÍA.

Prepárense á recibir
una noticia agradable.

GONZALO.

Basta saber de quién viene.

MARÍA.

Pues he de participarles
que es mamá ¡piadoso anhelo!
quien ha de alzar el vendaje.

TEODORO.

¡Su mamá?

GONZALO.

¡Cuánta fineza!

MARÍA.

Á la verdad que es un ángel.

TEODORO.

Angélico es contemplar
cielo, tierra, bosques, mares...
Pero será más angélico
que las pupilas se embriaguen
en la dama que me ofrece
ventura tan inefable.

MARÍA.

Hace un rato que salió,
mandando que la aguardase
á las cinco en el jardín
con ustedes. Se complace
en dispensar beneficios.
Y el de la vista es tan grande,
que pidió ayer al Doctor
la gracia de dispensarle.

TEODORO.

(¡Mujer de mi eterna sombra,
qué pensamiento forjaste!)

MARÍA.

Salió contra su costumbre.
Lleva dos meses fatales.
Apenas si la conozco.
¡Tanto mudó de carácter!
Ya no recibe visitas,
ya no concurre á los bailes,
ya no asiste á los paseos,
ya no proyecta viajes.
El médico le aconseja
que se distraiga, que hable.
Y el aislamiento es su gozo,
y el mutismo su lenguaje.

TEODORO.

¡Penitencia abrumadora!

GONZALO.

¡Caridad incomparable!

MARÍA.

Y hay que obedecerla. En esto
nadie la domina, nadie.
Resultas del histerismo.
Ha sufrido dos ataques.

GONZALO.

La música la consuela.

MARÍA.

Y enseñada con tal arte...

GONZALO.

Águila, tendí á la altura;
mas soplaron huracanes
que deshicieron mis alas,
y gimo en obscuro valle.

TEODORO.

(Que se sienta melancólico en el banco de hierro, en tanto que María y Gonzalo conversan gratamente.)

(¿Mataré á quién me da vista?...
¿Perdonaré?... ¡Perdonarle!
—Á ser Oscar y Enriqueta
los que á Teodoro albergasteis,
¿en qué congoja le hundisteis,
oposición de titanes,
de merced agradecida
y de injuria inolvidable?)

ESCENA III

Dichos. — **Enriqueta,** que, vestida de negro y con manto de calle, se acerca pálida, temblorosa, por la senda de la izquierda. — **María** se adelanta á hablarla, mientras **Gonzalo** hace lo mismo con **Teodoro**.

GONZALO.

Un secreto.

TEODORO.

No te esfuerces
en explicar tu alegría.

GONZALO.

Vamos á ser muy dichosos.

TEODORO.

¿Y en qué consiste la dicha?

GONZALO.

María intenta vengarnos.

TEODORO.

¿Tú sabes quién es María?

GONZALO.

Me complazco de saberlo:
que si por su cuna es hija
de familia acaudalada,
por sus virtudes hechiza.
Se propone descubrir
á los que encienden tus iras.

TEODORO.

(¡Pobre Gonzalo!)

ENRIQUETA.

(Quitándose el manto.) Revela
educación distinguida.

MARÍA.

Asegura que su casa
era una casa muy rica;
pero que dos desalmados
ocasionaron su ruina
al causar la de su padre.
Yo le ofrecí compasiva
trabajar en descubrirlos,
y que tú me ayudarías.
Hay orden de Veracruz
de prenderlos, y aun se indica
que se hallan en Barcelona.

ENRIQUETA.

El Doctor. (¡Pobre María!)

ESCENA IV

Dichos. — El **Médico** que asoma por donde entró **Enriqueta.** — Se expresa con acento extranjero.

MÉDICO.

(Saludando.)
Las cinco en punto, señora.

ENRIQUETA.

Obligada á su atención.

MÉDICO.

(Examinando á Teodoro.)
Observo en su pulsación...

TEODORO.

Que la fiebre me devora.

MÉDICO.

No se aflija de esa suerte:
que estará pronto curado.

MARÍA.

Aquí nos tiene á su lado.

GONZALO.

¡Valor!

TEODORO.

La duda es la muerte.

MÉDICO.

Deseche el menor recelo,
indigno de mi experiencia.

TEODORO.

Sin recelar de su ciencia,

demando piedad al cielo.
—Sueña el inmóvil gusano,
en su lóbrega mansión,
que cruza la aérea región
con esplendor soberano.
Y rompiendo su capuz
en alas de mil colores,
liba el néctar de las flores,
porque las flores son luz.
Mas ni el sol le diera hartura;
y en la llama enrojecida,
donde soñó alegre vida,
halla triste sepultura.
¡Qué horrible fatalidad
consume tus lindas galas,
mariposa, flor con alas,
humana felicidad!

MÉDICO.

Padecimiento nervioso
va minando su salud.
Ha menester de quietud.
Nada altere su reposo.

MARÍA.

Si no pone usted los medios
de curarse, serán vanos
médicos y cirujanos,
atenciones y remedios.

GONZALO.

En el mundano vaivén
Dios nos dispensa su gracia.
Hasta la mayor desgracia
encierra el germen de un bien.

MÉDICO.

Delego mi autoridad.
La operación es sencilla.

(Enriqueta se acerca al enfermo y le quita la venda, cayendo insensiblemente arrodillada.)

MARÍA.

(Con emoción.)

¡Se arrodilla!

GONZALO.

(Con extrañeza.) (¿Se arrodilla?)

TEODORO.

(Alza la frente de la que yace á sus plantas, y al reconocerla grita colérico.)

¡Oh!

(Reprimiéndose al notar que le observan el Doctor y María, y exclamando, como si las sombras de la vista hubieran pasado al cerebro.)

¡Qué nueva obscuridad!

GONZALO.

Su razón se turba.

MÉDICO.

Calma.

MARÍA.

Mucho sufre en su interior.

MÉDICO.

Yo soy del cuerpo Doctor;
pero no lo soy del alma.

TEODORO.

Los vientos rizan la lona
del brik-barca *Santa-Elena.*

Claro ambiente, mar serena,
de Tampico á Barcelona.
Faltan horas nada más
para arribar á la orilla,
cuando la tormenta brilla
lanzada por Satanás.
La noche tiende su manto,
zumba el trueno, la onda muge,
y á los golpes de su empuje
cede el brik y corre el llanto.
La nave pierde su centro.
El peligro no da espera.
¡Cómo gozan los de fuera!
¡Cómo sufren los de dentro!
Al són de las barcarolas
que la ciudad les envía,
¡cuántos ayes de agonía
sepultados en las olas!...
Recemos por los que han muerto,
y por los vivos rezad.
Una nueva tempestad
está acechando en el puerto.

MARÍA.

El naufragio.

MÉDICO.

Desvaría.

GONZALO.

Sálvele usted con su ciencia.

MÉDICO.

¡Extravagante dolencia!

(Levantando y alejando á Enriqueta de Teodoro, á quien da á oler un pomo.)

MARÍA.

Sálvele usted.

MÉDICO.

(Pensativo.) ¿Qué manía?...

TEODORO.

El astro, la flor, el bruto,
cumplen en paz su destino...
Caín sigue otro camino.
¡Guerra y guerra, sangre y luto!
Torpemente se alza rey
sobre el pavés de su hermano,
y denomina tirano
el yugo de Santa Ley.
Por ídolo el egoísmo
y la envidia por altar,
todo lo quiere inmolar,
juez y parte de sí mismo.
Ni la nobleza se estima,
ni se respeta el honor,
y el que hoy campa vencedor
rueda mañana á la sima.
Sin que, usados tales modos,
llegue á calcular ninguno
que el arruinarse uno á uno
será la ruina de todos.
Y así acaban la amistad
y el amor... ¡Inicuas gentes!
Madriguera de serpientes
con nombre de sociedad.

MÉDICO.

Inteligencia de fuego,
se inflamó á la primer luz.

GONZALO.

¿Quizá loco?

MARÍA.

¡Horrible cruz!

TEODORO.

Dejadme.

(Indica al médico la salida del hotel.)

MÉDICO.

(Bajo á Enriqueta.) Volveré luego.

ENRIQUETA.

(¡Dame fuerzas, Dios clemente,
en el trance en que me ves,
con el volcán á mis pies
y el rayo sobre mi frente!)

ESCENA V

Teodoro. — Enriqueta. — Gonzalo. — María.

TEODORO.

(Que se levanta, apenas ha desaparecido el Doctor, figurando que recupera gradualmente el conocimiento. Abraza con efusión á su hijo, y saluda con gratitud á María, según los va nombrando. Rehuye el encuentro de Enriqueta.)

¡Mi Gonzalo!... Hermosa joven.

MARÍA.

¡Oh!

GONZALO.

Celestial.

TEODORO.

(Aparte á su hijo.) ¿La amarías

si su madre hubiera muerto,
en miserable buhardilla,
engañada por un hombre,
odiada por su familia?

GONZALO.

Mejor que odiar al que muere,
odiara yo al que asesina.

TEODORO.

¿Y si el asesino fuera
el que ultrajó la honra mía?

GONZALO.

¿Luego el que se dice esposo
de esa enigmática ninfa
de negruras y arreboles
que nos hiere y patrocina?...

TEODORO.

Mudóse Oscar en Fernando,
mudóse Enriqueta en Luisa,
y se fingieron nacidos
bajo el sol de Costa Rica.

GONZALO.

Voy por armas.

TEODORO.

Con reserva.

GONZALO.

Volveré pronto.

TEODORO.

En seguida.

(Vase Gonzalo por la izquierda.)

ENRIQUETA.

(Á María, con quien estuvo conversando.)

Espera en mi gabinete.

MARÍA.

(Por Teodoro.)

Cúidale como á tí misma.

(Sube.)

ESCENA VI

Teodoro.—Enriqueta.

TEODORO.

(Con la dignidad propia de sus ideas y circunstancias.)

¿Por qué me falta el sentido,
por qué me tiembla la mano,
y ni perdona el cristiano,
ni castiga el ofendido?

ENRIQUETA.

(Sollozando.)

Débil sér arrepentido,
me dirigiré al Eterno:
que en el batallar interno
en que el alma se acrisola,
basta una lágrima sola
para extinguir un infierno.

TEODORO.

¿Si yo te diera á elegir
entre la muerte ó la vida?...

ENRIQUETA.

La muerte la preferida.

TEODORO.

Entonces... vas á morir.

ENRIQUETA.

¡Venturoso porvenir
del presente más horrendo!

TEODORO.

¿Te regocija? Comprendo
que la pena no es bastante.
¿Qué es, Enriqueta, un instante?...
Vivirás, cual yo, muriendo.

ENRIQUETA.

Quisiera, insensible roca,
descender hasta el abismo
y en eterno parasismo
no oir los ecos de tu boca.

TEODORO.

Quisiera en ilusión loca
á una región ascender,
donde llegara á tener
la sombra por recompensa
y el silencio por defensa
de mi inicuo padecer.

ENRIQUETA.

Oye á lo menos, Teodoro,
que hoy para mayor tortura,
condenando mi fe impura,
te reverencio, te adoro.

TEODORO.

Tu cariño es mi desdoro.

ENRIQUETA.

¡Habla más quedo!

TEODORO.

¿Más quedo?
¡Qué sarcasmo! Si no puedo.
¿Olvidaste que, en mi afrenta,
hasta el hablar me atormenta
y el oirme me da miedo?

ENRIQUETA.

Pensando en tí — me contrista —
te abrí mi propia morada.

TEODORO.

Vacilé mucho á su entrada.

ENRIQUETA.

Y te devolví la vista.

TEODORO.

Ni el demonio, audaz artista,
forjara suplicio igual.

ENRIQUETA.

Pues mi historia criminal
rechaza toda disculpa,
borre la sangre la culpa,
y truéquese en bien el mal.
Tuya es mi vida. Conmigo
va un tarjetero, y en él
escrito por mí un papel,
que te libra de castigo.

TEODORO.

Tu vida es de Dios, testigo
cuya Palabra es mi gozo.

ENRIQUETA.

Arrástrame á un calabozo.

TEODORO.

Fuera conducta muy doble
para quien se juzga noble
hundir en él tu sollozo.
¿Tan larga es nuestra existencia
que hayamos de adelantar
justicias que ha de otorgar
la Divina Providencia,
oponiendo en su clemencia
á desafueros malditos,
con sangre del alma escritos,
sombra y perfil terrenales,
sus fulgores eternales,
sus espacios infinitos?

ENRIQUETA.

Dime qué anhelas de mí,
y seré tu humilde esclava.

TEODORO.

La paciencia se me acaba.
Que huyas tan lejos de aquí,
que parezcas desde allí
ficción de vaga leyenda,
y que Oscar ¡ay! no me venda
cuando le rete á combate.
Que cara á cara le mate,
y es tuya toda mi hacienda.

ENRIQUETA.

Mayor pena me redima,
asombrando al mundo entero

el quejido lastimero
con que ruede á la honda sima.

TEODORO.

Alguien viene.

ENRIQUETA.

(Se aproxima
la crisis de mi esperanza.)

TEODORO.

(Al ver á Oscar.)
¡Mira!

ENRIQUETA.

(Impeliéndole hacia la verja.)
¡Por tí!

TEODORO.

(Resistiendo.) Si no alcanza
su vida á saciar mi afán...
¡Abre paso al huracán,
ó te arrolla mi venganza!

(La arroja á un lado; pero al lanzarse á su enemigo, descubre al Vizconde y se detiene.)

ESCENA VII

Dichos. — **Oscar** y el **Vizconde** por la escalinata.

OSCAR.

(Con reprimida inquietud.)
(¿Quién me avisa en un anónimo
que salga hoy mismo de España?...
¡Enriqueta!... Su despego...) — (Anochece.)

TEODORO

(Avanzando.)
¡Miserable!

OSCAR.

(Detenido por Enriqueta.)
(¡Ella!)

VIZCONDE.

(Sorprendido.) (¡Caramba!)

ENRIQUETA.

(Bajo á Oscar, en su anhelo de sacrificarse por todos.)
Salva tu persona. El muro
que da al mar...

OSCAR.

(Desprendiéndose con furia al reconocer á su víctima.)
¡Teodoro!

TEODORO.

(Bajo á Oscar.) ¡Calla!
Urge vernos sin testigos.

OSCAR.

(Idem á Teodoro, indicando la izquierda del jardín.)
Allí.

VIZCONDE.

(Despidiéndose.)
Señores...

OSCAR.

(Meditabundo.) (¡Oh! Calma.)

TEODORO.

(Alto al Vizconde.)
Lanzado por la tormenta,

vine á parar á esta casa.
Recobré en ella la vista;
mas con impresión tan rara,
que pago en frases incultas
á quien me otorga su gracia.
— (Aparte á Oscar.)
Cada momento es un siglo.

OSCAR.

(Idem á Teodoro.)
Será breve mi tardanza.
(Desaparece por donde entró.)

ENRIQUETA.

(Aparte á Teodoro.)
La autoridad te protege.
Gritaré.

TEODORO.

(Idem á Enriqueta.)
¡Desventurada!
Enmudeciste en la culpa,
¿y has de gritar en la infamia?
(Vase por el centro de la arboleda.)

ESCENA VIII

Enriqueta. — Vizconde.

VIZCONDE.

Pagar con rudas ofensas
deuda de santas mercedes,
acusa conciencia ingrata,
cuando no rázon demente.
Si es ingratitud, se olvida,

si demencia, se previene,
y si misterio social...
me ofrezco á cuanto me ordene.

ENRIQUETA.

(¡Á tal bajeza rodé,
que hasta un necio se me atreve!)

VIZCONDE.

En los trances apurados
se conoce quién nos quiere,
no con afecto servil
de cónyuges ó parientes,
sino con afecto libre,
natural, independiente,
que se impone á las costumbres
y se burla de las leyes.

ESCENA IX

Dichos.—Gonzalo.

GONZALO.

(Que regresa por donde marchó.)
¿Y mi padre?

ENRIQUETA.

(Solícita.) En el jardín.

VIZCONDE.

(¡Cómo le mira y atiende!)

ENRIQUETA.

Gonzalo...

GONZALO.

Déjeme usted.

VIZCONDE.

Señora...

ENRIQUETA.

(Adusta.) Vizconde, déjeme.
—(Al hijo de Teodoro.)
No le pesará escucharme.
Mi cariño se lo advierte.

GONZALO.

¡Su cariño?

VIZCONDE.

(¡Qué atrevida!
Castigaré sus desdenes.
Hablo al marido y me ausento.
Es celoso... Y si sorprende...)

(Sube á tiempo que baja María.)

ESCENA X

Enriqueta. — Gonzalo. — María.

MARÍA.

¿Qué ocurre hoy aquí? ¿Qué ocurre
que no acierto á penetrar?

GONZALO.

¡Ojalá nunca lo acierte!

MARÍA.

Dígaseme la verdad.
¡Retarse, apenas se ven,
dos hombres sin más ni más!

GONZALO.

Reto á que también me asocio.

MARÍA.

¡Usted que juró formal
obediencia á mis deseos,
impulsa la tempestad!

GONZALO.

Debo impulsarla, María.

MARÍA.

¿Por qué causa?

GONZALO.

¿Por qué?... ¡Ah!

ENRIQUETA.

(¡Lo sabe todo!) Nos cerca
terrible fatalidad.

MARÍA.

El pesimismo de siempre.
Hablando se entenderán.
Ningún rencor los divide
que así los pueda exaltar.
¿Ó hice yo algo malo?

ENRIQUETA.

(Besándola.) Nada.

MARÍA.

¿Á qué me ordena papá
que me arregle sin demora
para un viaje?...Quizás
intenta vencer el riesgo
que me acabas de anunciar.

GONZALO.

(Ó evadirle.)

MARÍA.

¿Lo ignorabas?

ENRIQUETA.

Arréglate.

MARÍA.

¿Subirás?
En las mayores contiendas
fuiste símbolo de paz.

ENRIQUETA.

Te lo prometo.

MARÍA.

Confío...

ENRIQUETA.

Subiré.

GONZALO.

No tardará.

(Vase María.)

ESCENA XI

Enriqueta. — Gonzalo.

GONZALO.

Pronto. Ya escucho.

ENRIQUETA.

Permita
que me despida un instante...

GONZALO.

Del que, al mirarla delante,
rechazara la visita.

(La luna irradia sobre la mitad izquierda de la escena.)

ENRIQUETA.

Demando piedad. Quisiera
manifestarle que hoy
— temblando de miedo estoy, —
antes de ver placentera
en sus ojos el fulgor,
corrí á denunciarme al Juez,
no ya por la avilantez
de atentar contra su honor...

GONZALO.

Lo cual hállase patente.

ENRIQUETA.

Sino por otro atentado,
del que, si Oscar fué culpado,
tu madrastra fué inocente.

GONZALO.

¿Acaso la policía
que me interrogó al salir?...

ENRIQUETA.

Á ella podéis acudir...

GONZALO.

¿Hay riesgo de tropelía?

ENRIQUETA.

Y enjugad mi amargo lloro.
No en vano mi pecho clame.

(Se arrodilla iluminada por la luna.)

ESCENA XII

Dichos.—Oscar, asomándose iracundo al balcón, que como el resto de edificio se muestra velado por la sombra.

OSCAR.

(¡Arrodillada la infame
ante el hijo de Teodoro!)

GONZALO.

Venga conmigo.
(La levanta.)

ENRIQUETA.

(Estrechándole una mano.)
¡Oh placer!

OSCAR.

(La raposa y el lobato
unidos por un contrato,
que el tigre va á deshacer.)
(Se retira.)

ENRIQUETA.

(Contemplando al nocturno satélite.)
¡Lucero cuya blancura
mancillé en noche fatal!
Mi remordimiento es tal,
que temo acabe en locura.

(Desaparecen por la izquierda del jardín.)

ESCENA XIII

Oscar.

(Que desciende cauteloso por la escalinata.)
Si ya lo dió á entender ella.
Si nunca me quiso bien.
Forjándose nuevo Edén,
denunció mi oculta huella.
Su pensamiento maquina,
por su hijastro... ó su marido,
para mi amor el olvido,
para mi hacienda la ruina.
Devórame inquietud vaga
mientras silbe la serpiente.
La mato y huyo... Mi frente
arde... ¡Silencio! Esta daga...

(Sacando una, y observando desde la parte sombría del enverjado hacia su izquierda.)

ESCENA XIV

Oscar. — María.

MARÍA.

(Con aterrador misterio.)
¡Padre! ¡Padre!... No me escucha.
Su cerebro trastornado...

OSCAR.

(Maquinalmente.)
Aléjate de mi lado,
no perezcas en la lucha.

MARÍA.

¡Huye!

OSCAR.

¿Huir?

MARÍA.

La autoridad
cerca el hotel.

OSCAR.

(Fuera de sí.) Ya la veo.
¡Cuán veloz es el deseo!
¡Cuán torpe la realidad!

ESCENA XV

Dichos. — Teodoro.

TEODORO.

(Saliendo, revólver en mano, del centro del jardín, y dando otro revólver á Oscar.)

Vamos.

OSCAR.

(Ocultando la daga.)

Vamos.

MARÍA.

(Abrazando á su padre.)

¡No! (Si grito
le pierdo.) ¡No!

OSCAR.

(¡Maldición!)

TEODORO.

Me pareces un ladrón
sorprendido en el delito.

OSCAR.

De algo ha de servir tu acecho.

MARÍA.

(Á los dos.)
¡Por mi madre!

OSCAR.

¿Callarás?

MARÍA.

¡Por mí misma!

TEODORO.

(Rechazándola.) ¡Atrás!

OSCAR.

(Idem.) ¡Atrás!

MARÍA.

¡Él también? ¡Rudo despecho!

TEODORO.

La tardanza me exaspera.

OSCAR.

Y á mí.

MARÍA.

¡Quién más despiadado?

TEODORO.

Quien injurió á un hombre honrado,
trocándole de hombre en fiera.

OSCAR.

(Besando á su hija.)
¡Valor!... (¡Negro porvenir!)

MARÍA.

(Llorando.)

¡Nave perdida en el mar!

OSCAR.

(Á Teodoro.)

¡Ven á morir ó á matar!

TEODORO.

(Á Oscar.)

¡Ven á morir, á morir!

(Cierran precipitadamente la verja, lanzándose por la derecha del bosque. — María golpea en la cerradura, hasta que, al verlos desaparecer, exhala un grito y cae desmayada. — Suenan dos tiros. — Telón rápido.)





ACTO TERCERO

Decoración del primer acto. — La chimenea apagada. — Los cristales del balcón y de la verja entreabiertos. — La lámpara del velador con luz más escasa.

ESCENA PRIMERA

María, que entra por el foro apoyada en el **Ayuda de cámara**.

MARÍA.

Gracias, gracias.

AYUDA DE CÁMARA.

(En tono adulador.) Señorita...

MARÍA.

¡Espantoso laberinto!
Cuéntame lo que sucede.

AYUDA DE CÁMARA.

¿Y quién lo sabe?

MARÍA.

Intranquilo
cruza mi padre esa puerta (la de la izquierda)
con semblante vengativo.

Quiero oponerme, y exige
que le aguarde en este sitio.
Díceseme que el Juzgado
cerca nuestro hotel. Le aviso,
y se encuentra con Teodoro;
y se tratan de enemigos;
y desoyen mis consejos;
y desatienden mis gritos;
y ruedo débil, inerte,
percibiendo en mi delirio
el murmullo de una queja
y el estruendo de dos tiros.

AYUDA DE CÁMARA.

Se inquieta la servidumbre.
Recorremos los tres pisos.
Más sagaz ó afortunado,
hacia el jardín me dirijo.
Doy con usted desmayada,
la levanto, la reanimo,
la traigo aquí, y aquí estoy,
como siempre, á su servicio.

MARÍA.

Ve á enterarte, y vuelve pronto.

AYUDA DE CÁMARA.

Así lo haré.

MARÍA.

¡Qué martirio!

(Vase el criado por donde entró.)

ESCENA II

María.

(Observando por la derecha del balcón.)

A los rayos de la luna
me parece que diviso
á dos hombres que se acercan
medrosos, despavoridos...
En sus brazos va una dama...
¿Qiénes serán? ¿Qué designio?...
¡Gonzalo y el jardinero!
¿Y quién es ella?... ¡Qué miro!
¡Mi madre!... ¡Tal vez herida!
¡Tal vez muerta!... ¡Jesucristo!
—Han entrado en el hotel.
Bajaré por el vestíbulo.
—¡Un bulto con forma humana,
cuyo rostro no distingo,
se esconde tras de la verja
como un espectro maldito!...
—(Retirándose.)
¡Qué miedo! ¡Si estoy temblando!...
¡Presentimiento fatídico!
(Duda de bajar ó no.)

ESCENA III

María.—Oscar.

MARÍA.

(Reparando con angustia en su padre, que atraviesa azorado la verja, dejándola entornada.)

¿Qué ocurre? ¿Por qué tan triste?

OSCAR.

Lo ignoro... La policía...

MARÍA.

¿Temes de ella?

OSCAR.

Sí, hija mía.

MARÍA.

¿Algún crimen cometiste?

OSCAR.

Horrible conspiración
se fraguó contra tu padre.

MARÍA.

¡Tú asesinaste á mi madre!

OSCAR.

No acrecientes mi aflicción.
¡Tu madre! ¡Pálida luz
á fiero soplo extinguida!
Relámpago de la vida,
su tumba está en Veracruz.

MARÍA.

Otra fué la que mis penas
consoló en mi tierna edad.

OSCAR.

Su sangre de iniquidad
no circula por tus venas.

MARÍA.

¡Así hablas de tu mujer?

OSCAR.

¡Mi mujer? Nunca lo ha sido.
Por mí engañó á su marido,
al ciego.

MARÍA.

¡No puede ser!

OSCAR.

Y por su hijastro trataba
ahora de engañarme á mí.

MARÍA.

¿Su hijastro es Gonzalo?

OSCAR.

Sí.

MARÍA.

¡Y ella á su amor me incitaba!...
Mejor fuera que no hablases.
Mi razón toca en demencia.
¿Á qué empañas mi inocencia
con el humo de tus frases?

OSCAR.

Sagazmente prevenida,
nos descubre, se interpone,
y á nuestro duelo se opone
por Gonzalo defendida.
Mi acero su pecho amaga.
«¡Hiere!», dice. Mas su esposo
se me adelanta furioso,
y me arrebata la daga.
Suelto al desprenderme un tiro.
Enriqueta cae al suelo...

MARÍA.

(Con extrañeza de oir aquel nombre.)
¡Enriqueta!

OSCAR.

Mira al cielo
sin exhalar un quejido;
nuevo estruendo me contesta;
silba á mi paso una bala,
y una sombra se resbala
detrás de mí... ¿Estás dispuesta?
Por tu pobreza me aflijo,
y por vencerla te arguyo.
Lo que poseo no es tuyo:
es de Teodoro y su hijo.

MARÍA.

¿No acabaste todavía
de referirme maldades?

OSCAR.

Junté gruesas cantidades,
cuàntas á mi alcance había,
y una caja las encierra.
Zarpará una embarcación
hoy mismo.

MARÍA.

¡Por compasión!
Seguir tus pasos me aterra.
Entre pobre ó criminal,
¡bendita pobreza, ven!

OSCAR.

Soy tu padre.

MARÍA.

Para el bien;

pero nunca para el mal.
De él me aparto desolada,
blanco cisne en negro lodo,
buscando, pura ante todo,
no manchar mi frente en nada.
Tan grande se alza mi sér,
que el mundo le viene estrecho;
y acatando tu derecho,
he de invocar tu deber.

OSCAR.

(Su penetración me asombra.
Sus consejos son mi cruz.
— (Acudiendo receloso al balcón y abriéndole un momento, durante el cual se ve la claridad del astro de la noche.)
En el cielo ¡cuánta luz!
En el alma ¡cuánta sombra!)

MARÍA.

Lucharé por defenderte
hasta que libre te veas;
mas respeta mis ideas,
ó dame instantánea muerte.

OSCAR.

Tu presencia es la alegría
de mi espíritu afligido.

MARÍA.

¡Viene gente!

OSCAR.

¡Estoy perdido!
No me abandones, María.

(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV

María.—Teodoro.

TEODORO.

(Que penetra demudado por el foro.)
¿Su padre de usted?

MARÍA.

No sé.

TEODORO.

En el jardín me dijeron
que hace muy poco le vieron
subir por aquí (señalando la verja); y á fe
que en vano es que me le niegue.

MARÍA.

(Interponiéndose ante la puerta de la derecha.)
Salieron él y el Vizconde.

TEODORO.

Su padre de usted se esconde...

MARÍA.

La cólera no le ciegue.

TEODORO.

¿Luego el infame está ahí?

MARÍA.

¡Caballero!

TEODORO.

(Avanzando.) Si traspaso
respetos que en otro caso...

MARÍA.

(Deteniéndole suplicante.)
¡Ya que no por él, por mí!

TEODORO.

¡Qué niñada!

MARÍA.

¿Me provoca?

TEODORO.

Obedézcame.

MARÍA.

Lo dudo.

TEODORO.

¿Quién contra el rayo?

MARÍA.

Mi escudo.

TEODORO.

¿Tan firme será?

MARÍA.

De roca.

TEODORO.

Al calor de su porfía
crece mi sed de venganza.

MARÍA.

¡Ni una frase de esperanza
que temple la angustia mía!

TEODORO.

Exíjame cuanto quiera,
oro, reposo, salud.

Suya es mi solicitud,
mi voluntad toda entera.
Pero no exija el olvido
de lo que olvidar no puedo:
que á tal oprobio no cedo,
mancillando mi apellido.
¡Proposición vergonzosa!
Le heredé puro zafir,
y así le he de transmitir
cuando descienda á la fosa.

MARÍA.

En cuyos antros inciertos
no lucen otros blasones
que nuestras buenas acciones,
vida eterna de los muertos.
— Acúsele usted de infiel;
láncele su maldición;
quítele la posesión
de cuanto encierra este hotel;
y desprecie su existencia,
y permítale que huya.
¡Harta desgracia es la suya
si está mal con su conciencia!

TEODORO.

¡Usted sabe lo que pide!

MARÍA.

Yo moriré en su lugar.

TEODORO.

¡Holocausto singular!

MARÍA.

Hoy su suerte se decide.

TEODORO.

Entraré aunque no le cuadre.

MARÍA.

Retírese por favor.

TEODORO.

¿Quién no defiende su honor?

MARÍA.

¿Quién no defiende á su padre?

TEODORO.

¡Terquedad inoportuna!

MARÍA.

Para obrar como usted obra
tendrá razones de sobra.
También me asiste á mí alguna.
— La que por usted rogó
bajo aqueste mismo techo,
y después veló su lecho,
y ¿á qué negarlo? lloró;
deja al fallo de su juicio
si merece recompensa.
No por recordar la ofensa
se olvide del beneficio.

TEODORO.

(Adelantándose resueltamente.)
¡Yo ingrato!... ¡Mi pecho estalla!

MARÍA.

(Resistiendo ídem.)
¡Nadie, nadie me socorre!...

Pues no cederá esta torre
(por la habitación que encubre),
mientras se alce esta muralla
(por ella misma).

(Cuando Teodoro, evitando atropellar á María, retrocede hasta el vestíbulo, Oscar asoma con sombrero puesto y un cofrecillo en la mano.)

ESCENA V

Dichos. — Oscar.

TEODORO.

(Apuntando con su arma al fugitivo, que avanza cautelosamente hacia la puerta del jardín.)

Completarás tu desdoro.
Tu fuga será tu muerte.

MARÍA.

(Escudando á su padre.)

Sufra yo la misma suerte.

OSCAR.

(Soltando el cofrecillo en el velador.)

¡Al fin te vengas, Teodoro!

TEODORO.

¿Y tú mi nombre murmuras?
Por no oirle de tí hoy
dejara de ser quien soy,
aun siendo el que te figuras.

OSCAR.

(Aparte á Teodoro.)

Á solas me provocara
tu rencoroso deseo.

TEODORO.

(Guardando el revólver.)
Bella María, yo creo...

MARÍA.

Creencia á mi juicio rara.
Usted cree que yo debiera
salir al punto.
(Hacia el balcón percíbese murmullo de gente que entra en el hotel.)

OSCAR.

Sí. Vete.

TEODORO.

En el primer gabinete,
al bajar esa escalera (izquierda del foro),
se halla...

MARÍA.

La que me ha educado
como madre, y no lo es.
(Extrañeza en Teodoro.)

OSCAR.

Justo es que á su lado estés.

MARÍA.

(Por Oscar.)
Todo me lo ha revelado.

TEODORO.

Mientras el facultativo
la asiste...

OSCAR.

Vete un instante.

MARÍA.

La amé con amor constante.
De su vida viví y vivo.
Mas si una fuerza me llama,
arrastrándome hacia allí,
otra me retiene aquí
y todo mi sér inflama.
— Mi corazón llorará
lo que denunciar no puede.
Que es sueño cuanto sucede
mi cerebro forjará.
Pero, aumentando mis penas,
mi sangre al verle (por su padre) se agita,
y al abandonarle... grita
que es la sangre de sus venas.

OSCAR.

¿Querrás que te obligue?
—(Aparte y rápido, mientras se repite el murmullo de la gente de fuera.)
En breve,
con objeto de embarcarte,
vendrá un marino á buscarte.
Pronto iré adonde él te lleve.

MARIA.

¿De qué modo has de salir?
¡Encono tenaz de fieras!
¡Que no mates, que no mueras!...

OSCAR.

Respondo del porvenir.

(La empuja y cierra.)

ESCENA VI

Teodoro. — Oscar.

TEODORO.

(Después de echar la llave á la verja y de cerciorarse de que está echada la del foro.)

La amistad convirtió en socios
á un creyente y á un ateo,
unidos por el deseo
de mejorar sus negocios.
«Para cumplir lo debido
no me hace falta creer,
decía el ateo, en un Sér
que rechaza mi sentido.»
Mas como, roto aquel freno,
nos impulsa el natural
á la práctica del mal,
concibió un plan nada bueno.
Y sin pena, ni inquietud,
astuto, menguado, infiel,
arrebató Caín á Abel
honra, dinero y salud.
No habré de citar sus nombres.
Nos conocemos los dos.
Quien no es amigo de Dios,
¿cómo serlo de los hombres?

OSCAR.

Razonamientos sutiles.
Zumben los broncos aceros.
(Saca el que lleva.)

TEODORO.

(Desarmando á Oscar.)
Se reta á los caballeros,
y se aplasta á los reptiles.

OSCAR.

Si tal era tu intención,
matárasme con mi hija.

TEODORO.

Cuanto su orfandad exija
le dará mi protección.

OSCAR.

La paloma y el milano.

TEODORO.

Recelo ó ingratitud.

OSCAR.

Apariencia de virtud
y en realidad...
(Quiere recobrar su arma.)

TEODORO.

(Impidiéndoselo.) Ten la mano.

OSCAR.

¿Procuras volverme loco
dilatando mi agonía?

TEODORO.

Algo más duró la mía,
y aún has sufrido muy poco.

OSCAR.

Sirvan de escudo y timón,
en mares embravecidos,

la razón á los sentidos,
la conciencia á la razón
y la Ley á la conciencia:
Ley á cuya majestad
toda digna potestad
rinde sumisa obediencia.

TEODORO.

¡Máximas, Oscar, bien raras!...

OSCAR.

Sinceras.

TEODORO.

¿Y quién las fía?

OSCAR.

Su rectitud.

TEODORO.

Más valdría
que antaño las practicaras.

OSCAR.

Que me excedes imagino
en perversión.

TEODORO.

¡Tal ofensa!

OSCAR.

Al negarme la defensa,
te proclamas asesino.

TEODORO.

¿Y tú, mi valor, consientes
tamaña procacidad?
¡Qué baja es la humanidad

medida por ciertos entes!
—(Devolviéndole el revólver al mostrar el suyo.)
Toma.

OSCAR.

En oculto paraje
saciaremos nuestra saña.

TEODORO.

La noche nos acompaña,
negra tumba de mi ultraje.

(Abre la verja y desaparecen. —Se oyen golpes en la puerta del centro. —Pausa.)

ESCENA VII

Gonzalo, que penetra por el balcón y abre el foro, dando entrada á **María.**

GONZALO.

(Reconociendo la escena.)
¿Y mi padre?... No parece.
¿Por qué rechazó mi ayuda?

MARÍA.

(Idem.)
(¿Y el mío?... Aquí los dejé.
¿Por qué desoyó mi súplica?)

GONZALO.

(Reparando en la verja abierta.)
Tal vez le perdió su arrojo.

MARÍA.

(Idem.)
(Tal vez se salvó en la fuga.)

GONZALO.

Juro hallar á este indio bravo,
aunque los mares le encubran.

MARÍA.

Sosiéguese. Nada tema.
Mi corazón se lo anuncia.

GONZALO.

También me anunció algún día
incomparable ventura,
que se deshizo en el aire
sin dejar leve penumbra.

MARÍA.

Clamé á propios, clamé á extraños,
para calmar tanta furia,
y los propios me abandonan,
y los extraños me acusan.

GONZALO.

¡Cruzar el triste desierto,
ascender á alegre altura,
y morir viendo la tierra
de las divinas canturias!

MARÍA.

¡Soñar con un sol radiante,
y despertar en obscura
noche, poblada de seres
que en hórrido tropel zumban!

GONZALO.

Volemos á otras regiones
en funeraria coyunda.

MARÍA.

La existencia es un combate.
Combatamos como nunca.

GONZALO.

¿Y si la carne flaquea?
¿Y si el espíritu duda?

MARÍA.

Que la fe los agigante
hasta que su sino cumplan.

GONZALO.

¡Habrá más fatal destino?

MARÍA.

¡Habrá más tremenda lucha!

GONZALO.

Amar á un ángel del cielo.

MARÍA.

Ser amado con locura.

GONZALO.

Y tener que abandonarle.

MARÍA.

Porque una mancha le anubla.

GONZALO.

De transgresión infernal.

MARÍA.

De transgresión que no es suya.

GONZALO.

Pero que heredó al nacer.

MARÍA.

¿Acaso elegí mi cuna?

GONZALO.

(Callad, amantes deseos,
y no acrecentéis mi angustia:
que cuando el deber nos habla
la pasión ha de estar muda.)

ESCENA VIII

Dichos. — El **Vizconde,** á cuya presencia **Gonzalo** y **María** cuidan de dominar su emoción.

VIZCONDE.

En el hotel inmediato
me encontraba de visita,
y al oir que oculto reo
había atentado á la vida
de su mamá, me apresuro
á ofrecerme á usted, María.
— La herida en el pecho es leve.

MARÍA.

Mas no cede la fatiga.

GONZALO.

Ni el delirio.

VIZCONDE.

Cederán.

GONZALO.

(Señalando el corazón.)
Hay temor de un aneurisma.

VIZCONDE.

El barrio está en algarada.
La gente se arremolina
por enterarse del hecho,
y nadie en verdad le explica.
Quién le cuenta de este modo,
quién del otro. Fantasía.
Yo apenas he preguntado.
Los asuntos de familia...
—Al despedirme del médico,
que al cabo se determina
á trasladar á la enferma (puerta derecha),
circulaba la noticia
de que yace en el jardín
nuevo herido que agoniza.

GONZALO.

¡Su nombre?

MARÍA.

¡Señas?

VIZCONDE.

Lo ignoro.
(Ya dije una tontería.)

GONZALO.

(Corriendo hacia el foro.)
¡Te vengaré!

VIZCONDE.

(¿Será el ciego?)

ESCENA IX

María.—Vizconde.

VIZCONDE.

(Deteniendo á la hija de Oscar.)
La autoridad le vigila
para que nadie le toque.

MARÍA.

Yo...

VIZCONDE.

(¿Será el otro?)

MARÍA.

Permita...

VIZCONDE.

Discreción.

MARÍA.

¡Vizconde!...

VIZCONDE.

Aguarde.

MARÍA.

Urge saber...

VIZCONDE.

En seguida
lo sabremos.

MARÍA.

¡Ay del alma
que espera, teme, vacila!...

VIZCONDE.

(Impeliéndola hacia la alcoba.)
Recójase mientras cuido
de informarme.

MARÍA.

(Entrando.) ¡Ansiedad crítica!

VIZCONDE.

Gocé en echar leña al fuego,
y el humo es tal que me asfixia.

(Vase.)

ESCENA X

Teodoro.

(Que aparece trémulo por la puerta de la izquierda.)
Reñimos con odio insano,
cuerpo á cuerpo, en lid cruel,
hasta que celeste arcano
ciñó de rojo laurel
mi antiguo honor soberano.
Drama notable, Teodoro.
Su daga saldó su cuenta.
El iris tras la tormenta.
Lo de menos era el oro
(por el cofrecillo del velador).
Lo de más era la afrenta.
Perdona ¡oh Dios! mi extravío.
No tu Justicia me arguya.
¡Harto cedió mi albedrío!
Enriqueta será tuya.
Pero Oscar... Oscar fué mío.

ESCENA XI

Teodoro.—Ayuda de cámara.—Á poco **María.**

AYUDA DE CÁMARA.

(La noticia ha de agradarle.)
Señor...

MARÍA.

(Asomando y viendo á Teodoro.)
(¡No es él!)

TEODORO.

(Con desdén al criado.) ¿Qué se ofrece?

AYUDA DE CÁMARA.

Que en el jardín hay un muerto,
y el muerto es el *delincuente.*

MARÍA.

(Lanzando un grito y avanzando llorosa.)
¿Hace poco me adulabas,
y ahora á injuriarme te atreves
en el más íntimo afecto?
¿Quién osa ante mí ofenderle,
generación de reptiles,
mercenaria del que vence?
— Mas tú no eres tan culpado.
Contaste lo que sucede.
Mayor culpa es la de aquél
que por cristiano se vende
y ocasiona vengativo
sucesos que me enloquecen.

AYUDA DE CÁMARA.

Con su mano tinta en sangre
escribió que él se dió muerte.

TEODORO.

(Acudiendo á la joven, cuyo sentido se turba.)
(Solo mintiendo trazara
un rasgo que le enaltece.)

MARÍA.

¡Que él se privó de la vida!
Yo quiero abrazarle, verle.
—(Á Teodoro, que la detiene.)
Dispense mis expresiones.
Mi pena es tan inclemente,
que dilata mi existencia
por dilatar mis reveses.
— (Cayendo anonadada en butaca próxima.)
¡Suicida!... ¡Suicida!...

TEODORO.

(¡Cuánto sufre la inocente!)

ESCENA XII

Dichos. — Enriqueta, que avanza fatigosa, apoyados los brazos en hombros de **Gonzalo** y del **Jardinero.**

GONZALO.

(Con alegría.)
¡Padre!

MARÍA.

(Con dolor.) (¡Gonzalo!)

TEODORO.

(Animando á Enriqueta.) Respira.

JARDINERO.

¿Adónde?

GONZALO.

(Á Teodoro.) ¿Á la alcoba?

TEODORO.

(Guiando.) Sí.

ENRIQUETA.

(Oprimiéndose el lado izquierdo del pecho.)
¡No andéis!

TEODORO.

(Indicando el sofá.) Recostadla ahí.

MARÍA.

(¡Si me parece mentira!)
(Postración de la enferma, apenas es recostada entre todos.)

GONZALO.

(Aparte á Teodoro.)
En este mismo momento
depositaron á Oscar...

TEODORO.

No pretendo averiguar...

GONZALO.

Oye su último lamento.

TEODORO.

¿De negra filosofía?

GONZALO.

De resignación notoria:
«¡Baldón para mi memoria!
¡Piedad para mi María!»

TEODORO.

¿Y no mencionó á Enriqueta?

GONZALO.

No pudo hablar más.

TEODORO.

No pudo.
Á tiempo quedóse mudo.
La muerte anduvo discreta.

(Fijándose en la desmayada, mientras Gonzalo despide por el vestíbulo al jardinero y al ayuda de cámara, y procura atento consolar á María.)

(¡Inextinguible destello
de inefable resplandor!
¡Ay! No se arranca el amor
como se arranca un cabello.)

ESCENA ÚLTIMA

Teodoro. — Gonzalo. — Enriqueta. — María.

ENRIQUETA

(Volviendo en sí.)

¡Noble Teodoro! ¡María!
¡Gonzalo!... Dadme al olvido,
astro errante, maldecido,
disonancia en la armonía.

MARÍA.

¡Ampárala, Virgen mía!

GONZALO.

Traspasa escuchar su acento.

TEODORO.

Mitigaré su tormento...

ENRIQUETA.

Son indignos mis agravios
de que perdonen tus labios.
Basta con el pensamiento.
—(Á Gonzalo por María.)
Desde la sima en que á veces
suspiré por la virtud,
eduqué su juventud
entre limosnas y preces.
Quedó sola... (Á María.) Bien mereces
que consuelen tu quebranto.
Le deploro tanto, tanto,
que como propio me aflige.
Solo Aquél que el orbe rige
pudiera enjugar tu llanto.
(Nueva postración.)

MARÍA.

¿Quién fué mi madre? No sé.
¿Quién mi padre? Más valiera
que tampoco lo supiera.
Huérfana y pobre, ¿qué haré?
¿Adónde me acogeré
que no me agobie el pesar
de esta herencia singular?

TEODORO.

Á nuestro lado.

GONZALO.

Y dichoso,
esclavo de tu reposo,
te conduciré al altar.

MARÍA.

¡Imposible redención!

GONZALO.

¡Negativa meritoria!

TEODORO.

La más limpia ejecutoria
se lleva en el corazón.
Pues el tuyo es gran blasón,
deja recuerdos impíos
como el infierno sombríos,
y eleva al cielo tus ojos.

MARÍA.

Rosa nacida entre abrojos...

GONZALO.

¡Pobre mártir!

TEODORO.

(Abrazándolos.) ¡Hijos míos!

ENRIQUETA.

(Exaltada por el delirio é iluminada por misterioso rayo de luna que, atravesando el balcón, domina la obscuridad del gabinete.)

¡Noche de mayo serena
que embelleciste mi huída!
Testigo de mi caída,
has de serlo de mi pena.
Mar tranquilo, luna llena...
¡Cual la evoco en mi ilusión!
Entornad ese balcón.
El contraste me importuna.
¡Qué blanco el rayo de luna!
¡Y qué negra mi traición! (Espira.)

TEODORO.

(Acudiendo.)
¡Enriqueta!

MARÍA.

(Idem.) ¡Dios clemente!
¡Qué lividez!

GONZALO.

(Tocándola.) ¡Si está yerta!

TEODORO.

¡Amor oculto, despierta!

GONZALO.

¡Feliz del que se arrepiente!

MARÍA.

(Arrodillándose ante el cadáver.)
La luna baña su frente,
demandándonos piedad.

TEODORO.

¡Misteriosa claridad!
La muerte nada destruye.
En donde el tiempo concluye
comienza la eternidad.

(María continúa arrodillada. Teodoro y Gonzalo de pie, aunque en actitud del más digno sentimiento. — Cuadro. — Telón.)

FIN DEL DRAMA.



GALERIO

TRAGEDIA EN PROSA

EN TRES ACTOS Y UN EPÍLOGO

Á

VICTORIA BROWN

Hay una época que nunca, que yo sepa, fué tratada en el teatro: la obscura y complicada del siglo IV, tránsito del Gentilismo al Cristianismo, unión de la noche romana con la aurora bizantina, epílogo de la Edad Antigua y prólogo de la Edad Media.

La novedad de aquel asunto y la dificultad de aquel período me atraían con singular encanto, aunque con cierta desconfianza, hija del empeño de burlar las amaneradas corrientes de nuestra actual dramática española, más artificiosa que artística.

Ni quería inspirar mi realismo en el de clamorosos escritores de fuera, especie de traperos encargados de recoger inmundicias, cuando salta á los ojos que las obras del Arte, como las de la Naturaleza, surgen del choque armónico de elementos distintos.

Arrancando de tan amplio concepto, acometí el trabajo filosófico de ahuyentar sombras y romper laberintos en mi caótico campo de batalla. Y, encendida luz y abierta senda, acometí el trabajo poético de fantasear sobre los hechos de la Historia, á disposición de todo el mundo igual que los colores de la pintura ó que las notas de la música. Así bosquejé una acción estética que, dada nuestra universalizada cultura, demandaba como nunca *color* y *calor,* razonar y sentir, y, dado nuestro dividido gusto, demandaba como nunca detenerse menos en la circuns-

tancia de antigüedad ó modernismo que en la esencia de lo bello, transfiguración de lo verdadero.

La Humanidad, que varía de formas y nombres, persiste en sus ideas y actos. Ora vista túnica ó gabán, ora llame Iliria á lo que hoy Baviera y Austria, Turquía y Grecia, y Golfo de la Propóntida á lo que hoy Mar de Mármara, y Nicomedia á lo que hoy Comidia, y Sárdica de Dacia á lo que hoy Sofía de Bulgaria; muéstrase juguete de parecidos errores y vicios, que expresa y sufre, no del modo ridículo con que se representó la tragedia clásica, aherrojada á sus tres unidades, á su hablar endecasílabo y á su andar por resorte, sino del modo lógico con que se representa, dentro de la unidad en la variedad, de la llana prosa y del movimiento de carne y hueso, la vida ordinaria. Cuyas imperfecciones vamos dominando según vamos cumpliendo la Ley Positiva, anunciada por los Profetas y testificada por Jesucristo para bien de todos los seres racionales y libres, desde el civilizado europeo, sostenedor de que la propiedad es un robo, al salvaje africano, sostenedor de que la antropofagia es un culto.

¡Quiera Dios que mi Galerio, al desbrozar una época virgen contra cierta reacción gentílica que nos amenaza, resulte, á la vez que fielmente histórico, útilmente contemporáneo! ¡Quiera Dios que sus personajes, que resucito ó creo apartándolos del trillado camino de otros, pasen con general aplauso del estrecho marco de unas cuartillas de papel á las anchurosas tablas de la escena!

Y en tanto que llega aquel día, y pues lo conyugal no quita á lo galante, ahí te dedico, Victoria, esta melpoménica flor de sueños innovadores, que viste nacer y celebraste ilusionada.

Abdón de Paz.

Madrid, 1893

PERSONAJES

ZOA, amazona de España, aya de Valeria.

VALERIA, Princesa de Roma, esposa de Galerio.

GALERIO, César de Iliria, enemigo de Antimo.

ANTIMO, centurión de las Galias, hijo de Zoa y Diocleciano.

DIOCLECIANO, Emperador Augusto.

CANDIDIANO, niño de ocho años, habido por Galerio en una concubina.

ULFO, centurión del Pretorio ó Guardia de Diocleciano.

PRÓCULO, centurión de la Guardia de Valeria.

UNA MUJER de la plebe.

UNA NIÑA de once años, su hija.

UN SOLDADO hondero.

UN ALDEANO, prisionero de guerra.

ESCLAVO 1.º, blanco.

IDEM 2.º, ídem.

IDEM 3.º, ídem.

ESCLAVO 1.º, negro.

IDEM 2.º, ídem.

Pretorianos de Diocleciano, Galerio y Valeria, y paisanos de distintas clases sociales.

La acción de los tres primeros actos en Nicomedia, año 305 de Jesucristo.
La del epílogo en Sárdica de Dacia, año 311.

Derecha é izquierda, las del actor.



ACTO PRIMERO

Á la izquierda la fachada del Palacio de Diocleciano, con florido pensil, y debajo elegante pórtico. — Á la derecha, y frente al pórtico, la estatua de Apolo sobre elevado pedestal. — Ocupa el resto de la escena frondoso jardín, iluminado por el tibio crepúsculo de la tarde. Por entre sus árboles se divisan las aguas del Golfo de la Propóntida, rodeadas de colinas muy pintorescas.

ESCENA PRIMERA

Galerio contempla desde el proscenio á **Diocleciano**, que examina las llamaradas que despide el ara de un altar levantado á Apolo.

GALERIO.

(Ningún protector, viejo zorro, ofendió á su protegido como tú me ofendiste. Ya te pagaré en igual moneda. — Invoca al Padre de la Luz, á Apolo, y te revelará que no hay otra salvación que mi espada. — De pastor ascendí á General; de General á César. Lleguemos á Emperador Augusto.)

DIOCLECIANO.

(Bajando á escena.) ¿Hablabas de mí, Galerio?

GALERIO.

Murmuraba... que nunca rigió la nave del Estado Emperador Augusto como Diocleciano *el Prudente*.

DIOCLECIANO.

Me debilitaron de tal modo los veinte años que la regí, que en breve legaré el timón á otros pilotos.

GALERIO.

Hace poco vi en tus manos un trozo de laurel.

DIOCLECIANO.

Que arrojé al fuego. Si al quemarse chisporroteaban sus hojas, mi abdicación era de feliz augurio.

GALERIO.

¿Y chisporrotearon?

DIOCLECIANO.

Tanto, que de aquí á tres días, al siguiente de tu matrimonio con mi hija Valeria, te asociaré á mí con superior categoría á la que hoy disfrutas.

GALERIO.

(Desdeñoso.) ¡Asociado?

DIOCLECIANO.

Ó tal vez abdique en tí la Corona Suprema.

GALERIO.

(Iracundo.) ¡Tal vez?

DIOCLECIANO.

Aunque te considere demasiado fuerte para representar un papel secundario en la regeneración de la patria, te considero demasiado irascible para llevarla á cabo según mi política.

GALERIO.

Da libertad á tus vasallos, y lo agradecerán asesinándote.

DIOCLECIANO.

(Con miedo.) Desde Cómodo, apenas hubo príncipe que no se rindiera á la traición del que aspiró á sucederle.

GALERIO.

(Con intención.) Como se rindió el pobre Caro.

DIOCLECIANO.

¡Lengua de áspid!

GALERIO.

Fiado de que Probo te había nombrado Gobernador de la Mesia, por tu valentía en Germania cerca de Claudio *el Gótico* y en Egipto cerca de Aureliano, el insigne á cuyas órdenes sirvieras en las Galias te encomendó la guarda de su persona, llevándote con su hijo Numeriano á la guerra de Persia.

DIOCLECIANO.

¡Calla!

GALERIO.

Cuando una noche el infeliz murió en su tienda á manos de su consuegro Áper.

DIOCLECIANO.

Víctima de un rayo.

GALERIO.

Del rayo de tu ambición. Y otra noche, en la retirada del ejército, murió también Numeriano al seguro golpe del propio asesino.

DIOCLECIANO.

¡Calla!

GALERIO.

Y las tropas de la inmediata Calcedonia aclamaron tu soberanía, imponiéndote el chistoso deber de castigar tanto crimen.

DIOCLECIANO.

¿Y no los castigué?

GALERIO.

Matando á Áper, más públicamente que cierto Tribuno de la plebe...

DIOCLECIANO.

En vindicación de la honra de su mujer...

GALERIO.

Pero instigado por tí, matara al primogénito y único superviviente de la descendencia de Caro, á Carino, que acababa de vencerte en las orillas del Danubio.

DIOCLECIANO.

¿Viniste de ellas á recordarme con tu procacidad tus orígenes de recluta mercenario, procedente de las hordas bárbaras?

GALERIO.

De simple recluta, siervo dálmata escapado de un ergástulo, acudiste á las filas del aventurero Casiano Póstumo.

DIOCLECIANO.

Y nombrado Gobernador, adopté á mísero huérfano que luchaba obscurecido, entre los arqueros de Probo, contra godos y sármatas.

GALERIO.

Porque adivinaste en su intrepidez auxilio utilizable.

DIOCLECIANO.

Y aclamado Emperador, te elevé á César de Iliria.

GALERIO.

No bastando tú, Júpiter que desde Nicomedia regías y riges el Oriente, ni Maximiano, Hércules que desde

Milán regía y rige el Occidente, al completo dominio de la Humanidad, me enviaste á Sirmio, y á Constancio á Tréveris, para que secundáramos vuestro pensamiento.

DIOCLECIANO.

Y aun te ofrecí en esponsales á mi Valeria, niña á la sazón de ocho años.

GALERIO.

Á pesar de lo cual, me afrentaste ante mis águilas como no se afrentó á General alguno.

DIOCLECIANO.

Rechazaras la invasión persa en las llanuras de Carrae, y te evitaras el oprobio de seguir á pie mi carroza, cuando salí de Antioquía con nuevas legiones á tomar el desquite.

GALERIO.

Bien le tomé yo, adelantándome con tal empuje á la vanguardia, que lancé al rey Narsés á los desiertos de la Media. ¡Oh! Acuchillé, robé, incendié, pulvericé, me harté de victoria.

DIOCLECIANO.

Por eso erigí al titulado, no ya Galerio *el Pastor*, sino Galerio *el Pérsico,* en heredero del Trono.

GALERIO.

Merced que, á no otorgármela tú, me otorgaría el ejército.

DIOCLECIANO.

Hay un ente más despreciable que el adulador, el envidioso. Hay un ente más despreciable que el envidioso, el ingrato. ¿Quieres que abdique por el terror?

GALERIO.

Quiero, Diocleciano, el cumplimiento de promesas

seriamente empeñadas y mañosamente diferidas; quiero con mi anhelado matrimonio afianzar los vínculos entre latinos y germanos, y con tu áureo cetro sostener un Imperio que decae y avivar un Olimpo que agoniza.

DIOCLECIANO.

Prueba la sinrazón de tu suspicacia el que todo esté preparado á fin de que dentro de dos días pases de esposo á cónyuge de Valeria.

GALERIO.

Y después...

DIOCLECIANO.

Al día siguiente pasarás de César á Augusto. Al abdicar yo en tí en Nicomedia, Maximiano abdicará en Constancio Cloro en Milán. Para mí, enfermo y anciano, una choza; para tí, sano y joven, la tierra.

ESCENA II

Dichos. — **Ulfo,** centurión del Pretorio de Diocleciano. — Después un **Soldado** hondero, un **Aldeano,** prisionero de guerra, y una **Mujer** de la plebe con una **Niña** de once años.

ULFO.

(Arrodillándose.) ¿Permites, Gran Dios, que Ulfo, centurión suevo de tu Guardia, te comunique una noticia?

DIOCLECIANO.

Alza y habla.

ULFO.

Miserables cristianos, que ayer se limitaban á ausentarse de aquí en las fiestas que no eran de su agrado, se han atrevido hoy á condenar de palabra las que, debidas

á la esplendidez de ricas cortesanas, se disponen esta noche en honor de Flora por la llegada de la Primavera, resurrección de la Naturaleza.

DIOCLECIANO.

¿Son muchos?

ULFO.

Cuatro: un soldado de tus cohortes, un aldeano, prisionero de guerra, y una mujer de la plebe con su niña.

DIOCLECIANO.

¿Dónde están?

ULFO.

En el salón á que da entrada ese pórtico.

DIOCLECIANO.

Tráelos. (El centurión se retira.)

GALERIO.

Vacilar es morir.

DIOCLECIANO.

¿No firmé por ti hace dos años, poco antes de mi coronación en Roma, el edicto más horrible contra los discípulos del Galileo?

GALERIO.

Ó ellos ó nosotros.

DIOCLECIANO.

¿No destituí de su dignidad, y envié á los desiertos de Siria, á Prisca, mi consorte, de la que por indicación tuya habíame casi divorciado?

GALERIO.

Asistía á las Catacumbas.

DIOCLECIANO.

¿No intimidé á Valeria, mi hija, con desheredarla?

GALERIO.

Gracias á lo cual se contuvo.

ULFO.

(Á los cuatro que custodia.) Arrodillaos ante el Señor. (Se inclinan.) Arrodillaos.

SOLDADO.

Media un abismo entre la veneración y la idolatría.

DIOCLECIANO.

Indudablemente serás de los que huyeron de Narsés.

GALERIO.

(¡Siempre mordaz!)

SOLDADO.

Responda esta cicatriz (indicando una en la frente), ganada en la vanguardia de los honderos.

DIOCLECIANO.

(Al prisionero de guerra.) ¿Y tú quién eres?

ULFO.

Aldeano insurrecto de las montañas del Asia Menor, había caído prisionero, y como tal se le subastaba. De pronto se quita la corona que por irrisión se ciñe á los esclavos, y vitorea á los enemigos de nuestro culto.

ALDEANO.

Miré ultrajada en mi persona la santidad del Todopoderoso, de quien soy imagen.

GALERIO.

¡Blasfemia inaudita!

DIOCLECIANO.

¿Y tú también, débil mujer, quebrantas mis órdenes?

MUJER.

Soy madre, y no he de sacrificar la inocencia de mi ángel á pública orgía de sátiros y meretrices.

DIOCLECIANO.

El triunfo de vuestra moral ocasionaría la ruina del Imperio.

NIÑA.

Nosotros no queremos la ruina de nadie. El cielo venga las iniquidades de la tierra. Si nos matas injustamente, nuestros ayes te seguirán adonde vayas.

DIOCLECIANO.

(Á Galerio.) Me enterneció la niña.

GALERIO.

(Imponiéndose.) Centurión Ulfo: que crucifiquen á esos malvados en holocausto á los dioses.

ESCENA III

Dichos.—Valeria y **Zoa,** por la esquina del Palacio. Los detenidos se dirigen á su encuentro, mostrándose indeciso el centurión al notar la benévola actitud de la Princesa.—Diocleciano y Galerio conversan aparte.

MUJER.

¡Noble *Zoa*!

NIÑA.

¡Hermosa Valeria!

SOLDADO.

Somos cristianos.

ALDEANO.

Nos espera el verdugo.

GALERIO.

(Al centurión.) ¡Aun están aquí esos rebeldes?

VALERIA.

(Sonriendo á su prometido.) Sí. (Idem á su padre.) Porque deseamos pedirte su libertad.

ZOA.

Habrán cometido alguna falta leve.

GALERIO.

Gravísima.

DIOCLECIANO.

Condenaron descaradamente los misterios de Flora, que han de comenzar esta noche.

VALERIA.

Misterios cuya inmoralidad avergüenza.

GALERIO.

Hay nazarenos que arrancan de las plazas los edictos de proscripción.

DIOCLECIANO.

Por dos veces incendiaron mi Palacio.

GALERIO.

La conjura cuenta dentro de sus muros con bastantes prosélitos.

VALERIA.

Antes de que ocurrieran tales desmanes, ¿cuántos discípulos de Jesús habían sido atormentados y cuántos de sus templos destruídos?

ZOA.

Augusto Diocleciano, sé clemente. Goza de la gloria de las conquistas; pero no te desvanezcas en las alturas de tu solio. Por enormes que juzgues las culpas de estos desgraciados, son personas, son tus prójimos, y les debes misericordia. ¿Ni qué culpa cabe en sentir, como nosotras mismas sentimos, que admitas en el Panteón á todos los dioses menos al del Calvario?... El mundo se rige por leyes justicieras. Según tus obras, así tu premio ó tu castigo.

DIOCLECIANO.

Pedís de tal modo las cosas...—(Dudando, hasta que por fin dice á los detenidos.) Accediendo á las instancias de mi Valeria, os perdono. (Alegría en aquéllos.)

GALERIO.

(Si no abdicara este hombre, sería preciso asesinarle.)

VALERIA.

Muy reconocidas á ti, padre mío, vamos á dar una ligera vuelta por la playa.

DIOCLECIANO.

¡Dichosas vosotras que podéis disfrutar de las bellezas del Golfo de la Propóntida! (Valeria y Zoa desaparecen por la derecha. Los perdonados les abren paso con las mayores demostraciones de afecto.)

NIÑA.

¡Viva la Princesa!

TODOS.

¡Viva!

MUJER.

¡Viva *Zoa*!

TODOS.

¡Viva!

GALERIO.

(Aparte á Ulfo.) Que mueran.

ULFO.

(Idem á Galerio.) Morirán. (Los mártires, al irse con el centurión por el pórtico, miran aterrados al déspota de Iliria.)

ESCENA IV

Diocleciano.—Galerio.

GALERIO.

¡Ni un aplauso á tu nombre! Si se tratara del César de las Galias, distinta fuera su conducta.

DIOCLECIANO.

Y sin embargo, Constancio Cloro no favorece el plan de semejantes perturbadores. Repudió á su cónyuge Elena, que desde niña alardeó ya en la inmediata villa de Acirón de inclinaciones antipaganas.

GALERIO.

Porque Teodora, hijastra de tu colega Maximiano, le convenía más que la hija de unos simples venteros.

DIOCLECIANO.

Repudiada Elena, me envió en rehenes á Constantino, encargándome su educación y tutoría.

GALERIO.

Ardid ingenioso.

DIOCLECIANO.

Constantino me siguió valientemente contigo á dos campañas: á la de Egipto y á la de Persia.

GALERIO.

Y en premio de la una, le hiciste contra mi voluntad Tribuno de primera clase.

DIOCLECIANO.

Y en premio de la otra, le haré César en tu lugar al hacerte Augusto en el mío.

GALERIO.

Prefiero á Deza. Al cabo es tu sobrino.

DIOCLECIANO.

Prefieres á todos menos á aquel cuya gloria envidias, cuya existencia odias.

GALERIO.

Ya lo comprendió él cuando en mi última estancia aquí, al ver que no se le restituía á su padre, huyó con Antimo.

DIOCLECIANO.

¡Antimo! ¡El mejor de mis centuriones! Dispara una flecha con la habilidad de un godo, y monta un corcel con la gallardía de un árabe.

GALERIO.

Le aborrezco más que á tu pupilo, á quien aconseja locamente.

DIOCLECIANO.

Por salvar en ruda batalla á ilustre ciudadano, ganóse la corona cívica.

GALERIO.

Todo lo perdió con huir.

DIOCLECIANO.

Destituído de su empleo, acogióse adonde nadie le inquietara.

GALERIO.

Osó anunciar impío que el Águila, emblema de Júpiter, acabaría por rendirse ante la Cruz, emblema de ignominia.

DIOCLECIANO.

Calma, Galerio. Quien cedió á tu influjo destronando y desterrando á Prisca, su dulce compañera, no engalanará tus hombros con su manto sin imponerte dos condiciones. Una es la de que, sobre confirmar los honores que Antimo recuperó en Tréveris, sanciones los que conquiste allí y en el resto del Occidente.

GALERIO.

Cualquiera diría que eres su padre.

DIOCLECIANO.

Padre debo ser de mis súbditos.

GALERIO.

Mande Antimo diez centurias; pero que no se me presente. ¡Ojalá, según con degradarle obtuve su alejamiento, obtuviera el de la que le dió el sér, el de la que, aya de Valeria, profesa la religión que le place!

DIOCLECIANO.

Hará veintiún años que, derrotado yo por las tropas de Carino, yacía en tristísima noche junto á las aguas del Danubio. Noticioso el enemigo de las heridas de mi cuerpo, consumíase buscando impaciente al que, Prometeo encadenado, exhalaba negros ayes del alma á los blancos reflejos de la luna.—De pronto linda joven, montada en veloz dromedario, acude á mi suspiro. Vestal guerrera, nacida en Sagunto y educada en Alejandría, simbolizaba, á las órdenes de uno de mis Generales coptos, el valor de la española y la ciencia de la egipcia. Con intrepidez digna de Marte, me arrancó de mis

perseguidores. Con talento digno de Hipócrates, me devolvió la salud. Y hasta con intuición digna de una sibila, me auguró que, á pesar de la rota de Margo, quedaría dueño absoluto del Imperio.—Desde entonces, ascendida de esclava á liberta, no se apartó de mi lado. Hoy mismo, cuando, desconfiado de mi sombra, cuido de andar sin séquito; cuando en la vigilia me asedian temores y en el sueño me acosan fantasmas; cuando anonadan al más fuerte las iras de los elementos, eclipses, huracanes, inundaciones y terremotos, y las profecías de los cristianos, héroes que se crecen en el martirio, y las amenazas de los bárbaros, buitres que olfatean carne descompuesta, me canturia á Homero y me explica á Sócrates, los hechizos del arte y los consuelos de la filosofía. ¿Qué menos hiciera en favor de Zoa que amparar su desgracia y respetar su conciencia?

GALERIO.

Ortodoxa decidida, por mucho que lo oculte, dió lugar á que tu esposa renegara y á que tu hija vacile.

DIOCLECIANO.

¡Mi hija! La única condición que exige para unirse á ti, y es la segunda de mi abdicación, consiste en que permanezca á su servicio la heroica amazona de España.

GALERIO.

Y habrá que acceder á su exigencia.

ESCENA V

Dichos.—Esclavo 1.°, blanco, que asoma por la izquierda del jardín; viste traje en que domina el color azul.

ESCLAVO.

(Arrodillándose.) Gran Dios...

DIOCLECIANO.

¿Quién te mandó interrumpirnos?

ESCLAVO.

Un mensajero, oficial de la Guardia de Constancio.

GALERIO.

(¡Será?...)

DIOCLECIANO.

(Al esclavo.) Que pase.

GALERIO.

Acompañaré á Valeria.—(Rápido.) Y no acuses de ingrato al que correspondió siempre á tus mercedes, escudándote en las batallas é inspirándote en los consejos. Ni dudes de que al eco de mi nombre, repercutido por aguas y tierras al crujir de mis naves y al galopar de mis corceles del Norte, enmudecerán los que profetizan en las Catacumbas, huirán los que amenazan en las selvas, y hasta el cielo, iluminado por mi gloria, sonreirá á nuestros ojos, sin eclipses anunciadores de infortunios. (Auséntase por la derecha.)

ESCENA VI

Diocleciano.—Antimo.

ANTIMO.

Señor...

DIOCLECIANO.

¡Antimo!

ANTIMO.

Que desde Tréveris corre á defenderte.

DIOCLECIANO.

¿De veras hay alguien que me quiera de corazón?

ANTIMO.

Al recibir el estandarte de una de tus legiones, me obligué á derramar por ti la última gota de mi sangre.

DIOCLECIANO.

Aunque no en edad, eras viejo en la victoria, y merecías que te le encomendara. Discúlpame de que el estandarte cayera de tus manos.

ANTIMO.

Si cayó por negarme á reconocer la eternidad de Júpiter, culpa fué del avasallador germano que aspira á trocar la cinta de la Diadema Cesárea por el laurel de la Corona Augusta.

DIOCLECIANO.

¡Cuidado, que está aquí!

ANTIMO.

Tres caballos reventé para adelantarme á su llegada.

DIOCLECIANO.

Vino ayer... ¡Oh! ¡Yo, que sujeté al mundo, tiemblo ante un hombre!

ANTIMO.

El día en que, maldiciendo de tu edicto más despiadado, seguí á Constantino á las orillas del Mosela, ordenó secretamente que nos mataran.

DIOCLECIANO.

Lo sé.

ANTIMO.

Nuestra celeridad nos salvó.

DIOCLECIANO.

Vive precavido.

ANTIMO.

Anhelo retarle.

DIOCLECIANO.

El ejército es suyo.

ANTIMO.

No el de las Galias, ni el de Italia, minados por general descontento. Valerosas cohortes de infantería y alas de caballería ocupan ambas fronteras. Una tea encendida al anochecer, en la más elevada de esas colinas, transmitirá de monte en monte la señal de avance, y en breve protegerán á Nicomedia cuarenta mil soldados invencibles.

DIOCLECIANO.

¿Y el ejército de Iliria? ¿Y éste mismo del Asia Menor? Dudo aun de mis guardias domésticos, los veteranos de Calcedonia. — Ha poco perdoné á varios creyentes del Evangelio, y tuve miedo al perdonarlos.

ANTIMO.

¿Eran un militar, un aldeano y una mujer con una pequeñuela?

DIOCLECIANO.

Sí.

ANTIMO.

Al dirigirme á tu Palacio los he visto exánimes, pendientes de cruces, en una de las ocultas ensenadas del Golfo.

DIOCLECIANO.

El centurión suevo. ¡Estoy rodeado de traidores!

ANTIMO.

Ninguno comparable al que, resentido de su humillación en Antioquía, tiende á que con los odios que suscites le allanes el camino de tu destronamiento.

DIOCLECIANO.

Por él perseguí como nadie á los cristianos.

ANTIMO.

Hasta en la tetrarquía donde hoy te sirvo perecen á millares, á pesar de las quejas de Constancio Cloro, según ha perecido la heroica Legión Tebana.

DIOCLECIANO.

Por él abatí como nadie á los gentiles.

ANTIMO.

Ni sombra les queda de lo que fué Senado, cuyos vicios debían corregirse, pero cuya existencia debió respetarse.

DIOCLECIANO.

¡Cúmplase mi destino!

ANTIMO.

Para que se cumpla dignamente me envían. Manda, y te obedeceremos.

DIOCLECIANO.

Es tarde.

ANTIMO.

¿Luego no mintieron los que aseguraron que te hallabas próximo á abdicar en Galerio y á retirarte á Salona?

DIOCLECIANO.

Gracias que la cordura de todos desvanezca la tempestad que nos envuelve.

ANTIMO.

Abdica en el Nerón de Iliria, y la discordia levantará su horrible cabeza.

DIOCLECIANO.

¡Y se desmoronará mi grande obra, este orden material, ya que no moral, sostenido por los cuatro ejércitos que, acaudillados por dos Augustos y dos Césares, han convertido la tierra en inmenso campamento?

ANTIMO.

Y melladas nuestras espadas al embate de la guerra civil, apenas ofrecerán resistencia á los bárbaros asiáticos, que nos acechan desde el Indo; ni á los bárbaros africanos, que nos acechan desde el Níger; ni á los bárbaros europeos, que nos acechan desde el Tánais.

DIOCLECIANO.

Algo presintió el pueblo cuando, noticioso de la debilidad que me impide salir de Palacio, clama por que me asome á ese pensil, clama por cerciorarse de que soy yo, y no otro, el Soberano que le rige.

ANTIMO.

Pues no desoigas al pueblo, eterno niño á quien se engaña con palabras en la alegría de sus victorias, ó eterna fiera á quien se distrae con víctimas en la fiebre de sus delirios.

DIOCLECIANO.

Ya le distraería mi voluntad con el suplicio del antiguo Pastor de la Dacia. Pero ¡ay!... á fuerza de años y de achaques, hasta al león se le caen las garras.—Hablemos de tu madre.

ANTIMO.

¿Me la llevaré conmigo?

DIOCLECIANO.

Si Valeria consiente... Míralas. (Señalando hacia la derecha.)

ANTIMO.

¡Son ellas! (Corre á su encuentro.)

ESCENA VII

Diocleciano.

¿Por qué no me atrevo á llamarle hijo? ¡Lo que constituye la dicha de un reptil, constituye la vergüenza de un Emperador! — Al dejar de serlo, por falta de medio seguro de evitarlo, conduciré á mi Antimo á las risueñas playas del Adriático, donde olvidemos la fatalidad de nuestra ruina. Juntos cazaremos en bosques cruzados por gamos de los Alpes. Juntos pescaremos en lagos surcados por lampreas del Rhin. Juntos cultivaremos huertas y jardines, cuya hermosura envidiaría Semíramis. Y como nada tendremos que dar, nadie vendrá á importunarnos.—¡Nadie! ¡Solos!... Parece que me duele abandonar la Púrpura. Tan pronto medito una cosa como otra. ¿Dirán bien los que dicen que estoy algo loco?

ESCENA VIII

Diocleciano.—Por la enramada de la derecha tornan **Valeria** y **Galerio**, y en pos de ellos **Zoa** y **Antimo**. — Anochece.

ZOA.

Me siento renacer.

ANTIMO.

Jamás volveremos á separarnos.

GALERIO.

(Aparte á Diocleciano.) ¿Qué maquina el audaz?

DIOCLECIANO.

(Idem á Galerio.) Amparo su existencia igual que la mía.—(Valeria y Galerio forman un grupo. Zoa y Antimo otro. Diocleciano pasea.)

ANTIMO.

Revélamelo todo.

ZOA.

Dentro de dos días, Galerio se unirá á la Princesa, y al siguiente será jurado por las tropas formadas en el Campo de Marte.

VALERIA.

¡Prudencia!

GALERIO.

¡Exterminio! Hierro contra hierro.

ZOA.

Tu amor es imposible.

ANTIMO.

(Fijándose con honda simpatía en Valeria.) ¿Acaso los triunfos que alcancé á costa de mi sangre no borraron el sello de nuestra antigua esclavitud?

DIOCLECIANO.

¿Habéis paseado mucho?

GALERIO.

(Rompiendo el cuadro.) Poco.

VALERIA.

Estuvimos contemplando las olas. ¡Qué alegres y ruidosas venían, coronadas de espuma, para morir súbitamente en la playa!

DIOCLECIANO.

¡Así es la vida! Alegría, ruido, espuma de vanidad, y luego... un puñado de tierra, una tumba. (Sale del mar la luna, que va iluminando la escena.)

ANTIMO.

Insisto, Diocleciano Augusto, á presencia de tu magnánima heredera, en el afán de llevarme...

VALERIA.

(Disgustada.) ¿Á Zoa?

DIOCLECIANO.

Este bravo oficial ha desempeñado una misión importante del César de las Galias, y debemos complacerle.

GALERIO.

(Misión sospechosa.)

VALERIA.

(Á Zoa.) Efecto de las aciagas revueltas del Estado, apenas conocí otra madre que tú.

ZOA.

¡Cuán buena eres! (Se abrazan.)

DIOCLECIANO.

(Á Antimo.) Si el servicio de mis armas permitiera que te quedaras en mi Corte...

VALERIA.

Haced que lo permita.

GALERIO.

(Buscan su apoyo.)

ANTIMO.

¡Tanto favor á quien ninguno merece! (Al encontrarse á la luz con su enemigo, dibújase en ambos el odio que se profesan. Terror en la Amazona.)

GALERIO.

(No se me escapará segunda vez.)

ANTIMO.

(Vengaré mi honra ultrajada.) — (Mirando á la Princesa, que le sonríe cándidamente al dirigirse al pórtico entre Diocleciano y Galerio.) ¡Dios mío! ¿Para qué diste corazón al hombre? ¿Para qué colocaste este inútil pedazo de carne en el pecho de los de mi raza?





ACTO SEGUNDO

Cámara en el Alcázar de Diocleciano. — Á la derecha entrada al pensil que figuró en el acto anterior.—Á la izquierda dos puertas: la primera da á una antecámara; la segunda al dormitorio de Galerio. — Otra puerta en el foro. — Á su derecha una panoplia con su correspondiente juego de armas.

ESCENA PRIMERA

Antimo. — Después **Valeria.**

ANTIMO.

(Meditabundo frente al pensil.) Allá junto á la playa diviso la meseta donde se deslizaron nuestros juegos de niños. Allá á lo lejos el mar, inquieto, amenazador, cual se encuentra mi alma. —¡Gloriosa Nicomedia, tumba de Aníbal, cuna de Constantino! Asentada entre Asia y Europa, con Nicea y Calcedonia á un lado, con Perinto y Heráclea á otro, pareces la musa que ríe ante la aurora de un mundo que nace, á tiempo que otras ciudades lloran ante el ocaso de un mundo que muere. Cada una de tus calles me evoca una ilusión. Cada uno de tus

ecos me arranca un gemido.— (Sale Valeria por el foro, y al ver á Antimo se detiene. Luego avanza de puntillas hasta tocarle en el hombro.) ¡Valeria!

VALERIA.

¡Qué te asombra, Antimo? ¿No nos tratamos siempre como hermanos? ¿Ó has olvidado en dos años de ausencia nuestra antigua y desinteresada simpatía?

ANTIMO.

Tan lejos estuve de olvidarla, que en cada persona que cruzaba las galerías de Palacio, preparando los festejos de tu próxima boda, veía un espectro fatídico. Pensemos en librarte del César de Iliria.

VALERIA.

¿Cómo?

ANTIMO.

Huye con mi madre.

VALERIA.

¿Adónde?

ANTIMO.

Á Tréveris. Una nave de Cartago os sacará del Golfo de la Propóntida. Caballos de Numidia os transportarán desde Marsella al lado de Constancio Cloro. Y guiados por la misma idea, prepararemos sucesos que cambien la faz de las naciones.

VALERIA.

Tengo miedo.

ANTIMO.

Enlázate á quien sea merecedor de tus virtudes; pero no á quien, por más que reúna grandes talentos de sol-

dado, reúne grandes vicios de político, y hasta te lleva infantil vástago, memoria de su última juventud licenciosa.

VALERIA.

Á pesar de tales inconvenientes, mi enlace con Galerio, sobre escudar á mis padres, escudará á los cristianos.

ANTIMO.

Aunque tu alma de ángel se evapora en oraciones con que templa las iras del cielo, y en limosnas con que cicatriza las heridas de la tierra, difícilmente apiadarás á este bárbaro indómito.

VALERIA.

Procuraré convertirle. Y si lo consigo, estamparé en su Lábaro de guerra el nombre de Cristo, bordado de oro, guarnecido de pedrería. Y si no lo consigo, le arrancaré, á fuerza de súplicas y lágrimas, el decreto de libertad que anhelamos.

ANTIMO.

Tu menor indicación despertará su furia.

VALERIA.

¿Recuerdas cuando, á deshora de la noche, mi madre y yo, rebujadas en tupidos mantos, buscábamos las calles más extraviadas hasta dar en las Catacumbas, donde Constantino había acudido á su vez á esperarnos? ¡Qué gozo el de aprender y rezar en aquellas mansiones del dolor! Pero ¡ay! descubriéronnos al cabo espías traidores; y mi madre fué destituída y desterrada, amenazándome Galerio con matarla caso de negarme á suscribir la ratificación de nuestros esponsales.

ANTIMO.

Y la mía, que desde Palacio nos avisaba el menor

riesgo, continuó á tu lado á condición de que ambas honrárais públicamente las aras gentílicas.

VALERIA.

Y Constantino, por no sancionar con su presencia tanto oprobio, abandonó la Corte de su tutor.

ANTIMO.

Y yo, degradado, ofendido en mi honra militar, hube de seguirle.

VALERIA.

Temo...

ANTIMO.

Quien teme vacila; quien vacila está expuesto á caer, y tu caída arrastraría á muchos, pues que se trata de la futura Soberana del Imperio.

VALERIA.

¡Cuánto me animan tus palabras!

ANTIMO.

Antes que Princesa eres cristiana, y como tal debes ayudarme á resistir el desencadenado huracán de una autocracia inconcebible, escéptica á lo Pyrrón, sensualista á lo Epicuro y sanguinaria á lo Calígula. «Dominio absoluto, deleite eterno,» piensa el gobernante. «Pan y Circo, comer y divertirse,» repite el gobernado. Y si para ello hay que sacrificar á alguien, extraño ó deudo, se le sacrifica. Cada cual enciérrase en isla desierta, entregado á brutal egoísmo. Y cuando la dicha nos aburra, ó la desgracia nos acobarde, todavía podemos acudir á un remedio, digno de esta locura de la ignominia, al suicidio, que aconseja el estoico Zenón de Chipre.

VALERIA.

Venga el martirio.

ANTIMO.

Así. Venga el martirio en nombre de Aquél que dijo á los escépticos; «Creed;» y á los sensualistas: «Orad;» y á los estoicos: «Vivid;» para que por la eficacia de tales creencias, y el murmullo de tales oraciones, y las esperanzas de tal vida, el mundo se llene de resplandores, y aparezcan la mujer santificada, el esclavo redimido y todos alentados con la sangre vertida desde las alturas de la Cruz, según alentamos con los rayos que despide el sol desde las alturas de los cielos.

ESCENA II

Dichos. — **Galerio** y **Diocleciano** por la segunda puerta de la izquierda.

GALERIO.

¡Los ves juntos? Expulsemos en seguida de aquí á ese mancebo, capaz de conspirar contra ti, contra mí, contra todos.

DIOCLECIANO.

Se le expulsará.

GALERIO.

Ya oiste lo que acaban de contarnos: que aspira á una revolución fundada en el Evangelio. — (Acercándose á Valeria.) Los dioses te guarden.

VALERIA.

¡Galerio!

GALERIO.

¿Serías tan complaciente que nos distrajeras un rato con los hechizos de tu arpa?

VALERIA.

Luego iré.

DIOCLECIANO.

Ahora.

VALERIA.

Bien, padre mío.

GALERIO.

(Fijándose en el Centurión.) (Hijo de Diocleciano ó amado de Valeria, su vida es mi muerte.)

DIOCLECIANO.

(Idem.) (Apartemos al cordero del lobo. Mejor le ampararé de lejos que de cerca.) — (Se van por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA III

Antimo. — Después **Esclavos 1.° y 2.°, blancos,** y para distinguirlos bien, aquél con el traje de color azul que sacó en el acto primero, y éste con traje en que domine el color verde.

ANTIMO.

Miróme el uno audaz, y el otro sombrío... ¿Sospecharás, Ogro del Norte, de mi cariño á tu prometida? ¿Dudarás, Cautivo del Oriente, de mi adhesión á tu persona? (Entran dos esclavos cautelosamente por el foro.)

ESCLAVO 1.°

Tú eres Antimo *el Español.*

ANTIMO.

¿Qué me queréis?

ESCLAVO 2.°

Nadie como nosotros, de la servidumbre de Palacio, maldijo el día en que hubiste de huir allende los Alpes.

ESCLAVO 1.º

En tus ojos fulgura el numen de los Gracos, y venimos á que nos acaudilles.

ESCLAVO 2.º

Zoa no es menos ilustre por sus hechos que Cornelia.

ANTIMO.

¿Qué os mueve á la rebelión?

ESCLAVO 1.º

Yo, antiguo senador de Roma, pido justicia en nombre de los gentiles.

ESCLAVO 2.º

Yo, antiguo mercader de África, pido justicia en nombre de los cristianos.

ESCLAVO 1.º

Cuando el César Augusto, acompañado del de Iliria, visitó la Ciudad del Tíber para recibir los honores del triunfo, desdeñóse de felicitar al Senado que se los otorgara. La más débil muestra de censura me redujo á la esclavitud y á la pobreza.

ESCLAVO 2.º

Cuando Diocleciano, siempre acompañado de Galerio, acudió á sofocar las alteraciones de Egipto, ensañóse inicuamente con los nazarenos de Alejandría. La más noble recomendación de clemencia me privó de libertad y de fortuna.

ESCLAVO 1.º

Desde entonces, en castigo á mis ideas patrióticas, sirvo al déspota de portero de su Cámara.

ESCLAVO 2.º

Desde entonces, en castigo á mis ideas evangélicas, sirvo al déspota de mozo de su Caballeriza.

ANTIMO.

¿Cuál es vuestro intento?

ESCLAVO 1.º

Matar á los dos monstruos, cuyo lujo asiático nos arruinó y cuya tiranía infernal nos envilece.

ESCLAVO 2.º

Y alzarte Jefe de una gran República.

ANTIMO.

¿Sois muchos?

ESCLAVO 1.º

Tres mil héroes, surgidos de todas las clases sociales.

ESCLAVO 2.º

Tres mil héroes, á cuyo grito responderán innumerables prisioneros de guerra, del Éufrates al Tajo, y del Danubio al Nilo.

ANTIMO.

¿Y armas?

ESCLAVO 1.º

Nos sobran.

ANTIMO.

¿Y la conspiración ha de estallar?...

ESCLAVO 2.º

Muy pronto. El sonido de una trompeta en la inmediata basílica señalará el combate.

ANTIMO.

¡Oh! Todo poder debe mostrarse Sinaí de la justicia, que no de la violencia. ¿Hemos de continuar por tiempo indefinido víctimas mudas ante sayones endiosados? Aunque individualmente perdonemos, ¿cómo desatender los ayes de nuestras familias, el vilipendio de nuestras

creencias y la suerte de una humanidad que se ahoga en inmenso diluvio de sangre?—Sólo es meritorio el orden que nace del derecho. Cuando éste se infringe, la necesidad de su reparación aguza la mente y arma el brazo. Una mirada basta para concertar; una frase para enardecer. Y el recuerdo del sufrimiento centuplica el arrojo de los combatientes.

ESCLAVO 1.º

Ni Demóstenes hablaría mejor.

ESCLAVO 2.º

Que nos guie, y vencemos. (Percíbense los acordes de un arpa.)

ANTIMO.

(¡Y amándola me regocijo de su orfandad!)

ESCLAVO 1.º

¿Por qué vacilas?

ANTIMO.

Dejadme. La ira es al corazón lo que la tempestad al Océano, y no conviene embarcarse en tiempo de borrasca. Calmaos. Empresas arduas, que encierran serios peligros, necesitan meditación, prudencia. Y gracias que, adoptado todo género de precauciones, se arribe á puerto seguro.

ESCLAVO 2.º

¿Así nos despides?

ANTIMO.

Respetad breves horas mi silencio.

ESCLAVO 1.º

¡Extraña mudanza!

ANTIMO.

Y nada temáis por haberos confiado á mi hidalguía.

ESCLAVO 2.°

Es un orgulloso. (Los siervos marchan hacia el foro, y Antimo queda meditabundo.)

ESCLAVO 1.°

Si nos vende, clavaré mi puñal en su pecho.

ESCENA IV

Antimo.—Zoa, que oye asustada, al entrar, las palabras del conjurado.

ANTIMO.

¡Que soy orgulloso, yo que únicamente guardo la altivez para los altivos!... ¡Siempre ingrato el Pueblo con sus redentores! — (Al extinguirse las notas del arpa, se fija en la Amazona, que le habrá estado observando anhelante. — Transición.) ¡Tú aquí! Un abrazo.

ZOA.

¿Á que vinieron esos hombres?

ANTIMO.

No sé.

ZOA.

He oído que te amenazaban de muerte.

ANTIMO.

Quizá.

ZOA.

¿Dudas de mí?... Duda antes de ti mismo.

ANTIMO.

Numerosas gentes, plebeyas é ilustres, van á insurreccionarse contra la opresión que nos infama.

ZOA.

¿Y te proponen que las auxilies?

ANTIMO.

Me aclaman su caudillo.

ZOA.

Al continuo rumor de los que nos acosan despiadados en el hogar, en la calle, en las Catacumbas, despiértase el natural instinto de la propia defensa... ¡Qué gozo! Ya te me representa la fantasía laureado por la muchedumbre, compartiendo á cada uno su derecho, primer deber de un gobernante, y socorriendo al desvalido, timbre de aristocracia. Hasta la envidia, furor de la impotencia, mellará en ti su diente venenoso. — Pero ¿qué estoy hablando?... ¡Qué risueño extravío! — ¡Y has aceptado? ¡Aspiras á levantarte sobre el cadáver de tu protector?

ANTIMO.

¿Ignoras mi reconocimiento á Diocleciano, mi afecto á Valeria?

ZOA.

Alejémonos á cualquier sitio, á una choza donde nadie sepa de nosotros.

ANTIMO.

¿Obtuviste el permiso solicitado?

ZOA.

Al fin accedió la Princesa. En otro lugar te revelaré secretos de sumo interés para ti.

ANTIMO.

¿Por qué no en éste?

ZOA.

Me lo veda un juramento.

ANTIMO.

¡El enigma de siempre! ¿Tan desgraciado nací, ó tan

malo soy, que jamás he de conocer á quien me dió la vida?... Ama la flor que se entreabre á la dulce sonrisa de la aurora; ama el tigre en la candente arena del Desierto, ¡y el hombre, maravilla de la Creación, considera incoveniencia social, nefando crimen, el amor de padre!

ZOA.

Escucha.

ESCENA V

Dichos. — Diocleciano.

DIOCLECIANO.

Zoa, retírate.

ZOA.

Señor...

DIOCLECIANO.

Te suplico que te retires.

ZOA.

(¡Habrá descubierto la conjuración?)

ANTIMO.

Obedece.

ZOA.

Con mi arrojo de amazona conquisté la libertad en Margo: tórname á la servidumbre. Arracadas de oro penden de mis orejas: quítame cuanto me diste. Pero no me quites de nuevo á mi Antimo.

DIOCLECIANO.

Se hará lo que deseas.

ZOA.

Y ampara nuestra misión de combatir una cosa peor

que la ignorancia, la falsa ciencia: que si un pueblo ignorante puede convertirse en bestia inofensiva, jumento que lleva su carga mansamente, un pueblo mal instruído puede convertirse en bestia feroz, serpiente que ahoga al mismo que la alentó en su seno.

DIOCLECIANO.

¡Psé! ¿Dónde hallar la ciencia, expresión de la verdad?

ZOA.

Los hechos contestarán á tu pregunta. ¿Por qué anulaste al Senado? Porque te avergonzabas de presidir aquel conjunto de merodeadores legales de gracias y destinos. ¿Por qué abandonas el Trono? Porque recuerdas á los que le escalaron asesinos para rodar de él asesinados. ¿Por qué temes casar á tu Valeria? Porque la familia ha llegado á tal desquiciamiento, que el menor de sus peligros es ya el divorcio.

DIOCLECIANO.

Tan débil me siento, que hasta me faltan fuerzas para creer. Y aun creyendo, ¿de qué serviría un anciano achacoso, desprestigiado ante sus huestes, secuestrado por sus enemigos?

ZOA.

Que á su vez lo son de este pedazo de mis entrañas.

DIOCLECIANO.

Mi vida responde de la suya.

ZOA.

(Con intención.) Habían de renacer Saturnos capaces de sacrificar á sus centuriones, á sus hijos, por unos cuantos días de mando ó por unas cuantas millas de tierra, y yo,

pobre y abandonada, no sacrificaría una caricia del sér de mi sér por el eterno dominio del mundo.

ANTIMO.

Descuida. (La despide tiernamente.)

ESCENA VI

Antimo.—Diocleciano.

DIOCLECIANO.

Me duele comunicarte un acuerdo...

ANTIMO.

Estoy á tus órdenes.

DIOCLECIANO.

Es preciso que mañana, al amanecer, salgas para la tetrarquía de Constancio.

ANTIMO.

Según tu ofrecimiento de ayer, pensaba quedarme en Nicomedia.

DIOCLECIANO.

Me consta que algunos descontentos tratan de insurreccionarse, y que te invocan por su jefe.

ANTIMO.

La nobleza de mi corazón responde de la inutilidad de tales invocaciones, caso de ser ciertas. Anhelo subir, pero honradamente. Y seguro de llegar, no quiero precipitarme en el camino.

DIOCLECIANO.

Nada importa tu fidelidad para conmigo, ni mi discreción para con los alborotadores.

ANTIMO.

Á través de tu orden vislumbro la mano del futuro Emperador Augusto. Comprende que soy enemigo de su unión con Valeria. Y lo soy, porque en tal unión presiento grandes daños.

DIOCLECIANO.

Anoche me los anunció un augur.

ANTIMO.

¡Y le desoyes?

DIOCLECIANO.

Lo exige la patria, cuya única esperanza es Galerio.

ANTIMO.

En épocas de rebajamiento, la popularidad se confunde con la gloria, y la verbosidad con la ciencia. Ni supongas que vale tanto la fuerza material, así la personifique un germano de la intrepidez y fortuna de tu próximo yerno. Al prescindir de la moral, degenera en brutalmente ciega, que destruye y no edifica.

DIOCLECIANO.

Pues urge que edifiquemos todos.

ANTIMO.

Inmediata regeneración traerá á personas y cosas á su centro.

DIOCLECIANO.

Yo la intenté en vano.

ANTIMO.

Nada puede al genio cuando le falta el contrapeso del carácter, ó cuando gira fuera de lugar ó tiempo.

DIOCLECIANO.

Nada puede ante el insoluble dualismo entre el bien y el mal.

ANTIMO.

Sabe que, aunque tengamos libertad para el mal, nunca tendremos derecho. De ahí que si toleramos aquél por razón de Estado, le rechacemos por instinto de conciencia: que no progresa quien se precipita en el infierno, sino quien se eleva al cielo, á Cristo, luz inmortal que á altos y bajos señala sus deberes.

DIOCLECIANO.

¿Serás la intuición de lo porvenir?... Te aconsejo que vuelvas á Tréveris. Allí te seguirá mi afecto.

ANTIMO.

Y te corresponderá el mío donde te encuentres.

DIOCLECIANO.

En Salona, puerto de mi borrasca. Sea mi tumba la que fué mi cuna.

ANTIMO.

Dícese que tu loco inspirador llegó á insultarte.

DIOCLECIANO.

El que adula al poderoso, gusta de insultar al caído. ¡Oh! «Prefiero vivir entre flores á vivir entre hombres.» [1]

ANTIMO.

El valor, siempre conveniente, es indispensable cuando arrecia la desgracia.

DIOCLECIANO.

No me faltará para descender al sepulcro, término dichoso de este aciago combatir por un Imperio que se derrumba. Murmurar es fácil; gobernar es difícil. Pocos estadistas habrá tan seguros del buen éxito, como tu

---

1 Histórico.

conterráneo Príncipe Trajano, que entreguen sus espadas recomendando les defiendan ó maten con ellas, según merecieren. Ya lo irá tocando Galerio, que desde que vengó, ayudado por mí, el descalabro de Carrae, se cree superior á todos.

ANTIMO.

¡Y nombras á quien, aguijoneado por el afán de sucederte, no cesa de atormentarte?

DIOCLECIANO.

Dejémosle entregado á la ambición que le sonríe, y de que será víctima, en tanto que *Zoa* y tú disponéis el viaje á las orillas del Mosela, y yo dispongo el mío á las orillas del Adriático.

ANTIMO.

¿Luego autorizas que me lleve á mi madre?

DIOCLECIANO.

Valeria consintió al cabo, deseosa de complacerte.

ANTIMO.

Gracias.

DIOCLECIANO.

Donde os halléis, contad con mi proteccion... casi inútil.

ANTIMO.

¡Señor!...

DIOCLECIANO.

(Tendiéndole los brazos.) Llámame padre.

ANTIMO.

¡Ha de ser esta la última vez que nos veamos?

DIOCLECIANO.

Toda despedida tiene algo de muerte.

ANTIMO.

No llores.

DIOCLECIANO.

Chochez de viejo enfermizo.—Pero ¿y tú, joven, sano, guerrero dispuesto á la lucha?

ANTIMO.

(Enjugándose los ojos.) Me conmueve tu infortunio. ¿Acaso al empuñar las armas me arranqué el corazón?

DIOCLECIANO.

¡Ea! Mostrémonos dignos. Los grandes dolores son los que más deben ocultarse. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VII

Antimo.

¡Infeliz! Su abdicación le reducirá pasado mañana á simple ciudadano, y su enfermedad no tardará en reducirle á pútrido cadáver. — ¡Y nuestro enemigo ha de alcanzar mujer y Corona por la violencia?... Pues que gentiles y cristianos me solicitan, aceptaré la jefatura que me proponen, á cambio de que me otorguen la vida de Diocleciano. Y me la otorgarán. Y mientras una tea encendida esta noche en una de esas cumbres señala el avance de las tropas galas é italianas, el triunfo de Nicomedia repercutirá en Tréveris y Milán. Y Constancio y Constantino serán Augustos, y yo César. Y Valeria se unirá á mí, ó á Constantino. No, á mí. Para el hijo de Elena, el Imperio; para el hijo de Zoa, el amor. — Pero ¡ay! Quien padece la tristeza de lo imposible, busca desahogo en el delirio. ¿Y si fracasa nuestro plan? ¿Y si por mi culpa se derrama sangre inocente?...

ESCENA VIII

Antimo.—Galerio, que asoma por la primera puerta de la izquierda.

ANTIMO.

¿Á qué permanecer aquí? Me iré á calmar mi aflicción en la guerra.—(Contemplando una cajita que sacó del peto.) Ni Zeuxis representaría mejor su hermosura.

GALERIO.

(Un retrato. ¿Será el de Valeria?)

ANTIMO.

En vano soñé contigo: sueño angélico, puro, inefable.

GALERIO.

(Apareciendo.) ¿Qué ocultas en esa mano?

ANTIMO.

¡Rara pregunta!

GALERIO.

Á fe que no esperaba tal audacia de humilde centurión.

ANTIMO.

Premiado con la corona cívica.

GALERIO.

Y engendro de una esclava.

ANTIMO.

De los cuatro actuales soberanos de Roma, sólo uno hay noble: Constancio Cloro. Los demás sois plebeyos.

GALERIO.

¡Plebeyo el mágico que, concebido en las entrañas de una pitonisa, Diana de los bosques, trocó su cayado en cetro, domeñando la Siria, la Armenia y la Persia? ¡Plebeyo el titán, dique de las invasiones del Norte, que, hallando estrecha á su ambición la conquista del universo, escalaría el Trono de tu mismo Dios Omnipotente? El Destino me elevó tan alto, que perdí de vista mi cuna.

ANTIMO.

Fijándote en la mía.

GALERIO.

Te odio y te admiro.

ANTIMO.

¿Qué mejor timbre que surgir del abismo y centellear en las alturas, que nacer gusano y remontarse águila?

GALERIO.

Ya que los dos volamos por las regiones donde la victoria teje sus coronas para los héroes, transijamos. Igual eres á mí, siempre que niegues tu ayuda...

ANTIMO.

Á quien antes llamabas justiciero.

GALERIO.

Los que hablan mucho de justicia, suelen aplicar á los demás la que dejan de aplicarse ellos mismos.

ANTIMO.

Á quien antes llamabas bondadoso.

GALERIO.

No hay bribón más temible que el que tiene cara de hombre honrado.

ANTIMO.

Á quien debes cuanto eres.

GALERIO.

Como él debió á Caro cuanto fué.

ANTIMO.

¡Basta!

GALERIO.

Diocleciano ordenó tu degradación, y ordena ahora tu destierro.

ANTIMO.

(Guardándose la caja en el peto, y sacando de él un guante de color de púrpura.) Acepta una vez á la luz la responsabilidad de lo que maquinas en la sombra. (Le arroja el guante á los pies.)

GALERIO.

¡Miserable! (Coge una espada de la panoplia, y Antimo desenvaina la suya.)

ESCENA IX

Dichos.—**Zoa,** que torna por el foro.—Después **Esclavos** y **Pretorianos,** que vocean por los lugares que se indican.

ZOA.

(Intentando llevarse á Antimo.) ¿No adviertes en él algo de fatídico?

ANTIMO.

(Desasiéndose.) ¡Inútil empeño!

ZOA.

(Bajo.) Valeria es tu hermana.

ANTIMO.

(Idem.) Entonces... os vengaré á todos. (Adelántase á cerrar las puertas.)

ZOA.

(Suplicante á Galerio.) Le obligaste á huir de mí cuando niño: déjamele hoy que es hombre.

GALERIO.

¡Aparta!

ZOA.

(Transición.) ¿Qué oficio más propio de un demonio que el de verdugo de una madre? (Óyese hacia el pensil una trompeta, y después ruido tumultuoso.)

GALERIO.

¡La sedición que fraguasteis contra el que os albergó en su morada!

ANTIMO.

La esclavitud que rompe su cárcel sobre el volcán de las Catacumbas.

ZOA.

(Á Galerio.) ¿Tiemblas?... ¡Bendito sufrir que nos permite ver la ruina de un tirano! (Principia el combate, cuyas peripecias abarca la Amazona, revelando mímicamente las impresiones que le producen los gritos que siguen.)

UNA VOZ.

(Adentro por el pensil.) ¡Mueran Diocleciano y Galerio!

VOCES.

(Idem.) ¡Mueran!

OTRA VOZ.

(Idem.) ¡Viva Antimo!

VOCES.

(Idem.) ¡Viva!

UNA VOZ.

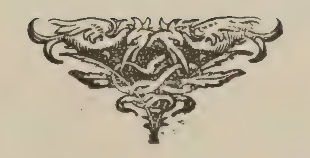
(Adentro por el foro, en cuya puerta suenan fuertes golpes.) ¡Paso á la Guardia Imperial!

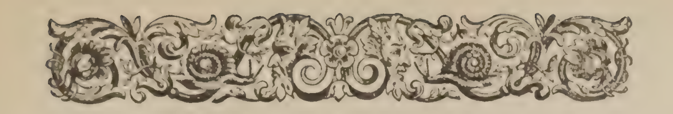
VOCES.

(Idem.) ¡Paso!

ZOA.

(Que no habrá perdido el menor detalle del duelo, grita, dominando la escena, al ver al Centurión amenazado en uno de los quites.) ¡Hijo!... (Antimo se repone, y continúa la lucha. En lo más recio de ella, sin que sea fácil prever su éxito, cae el telón.)





ACTO TERCERO

Decoración del anterior, iluminada por gran lámpara que pende del centro del techo.

ESCENA PRIMERA

Valeria, con túnica blanca, velo amarillo guarnecido de diamantes, corona de verbena y ceñidor sostenido por el *nudo hercúleo*, distintivo de las novias, aparece sentada en lujoso triclinio, inmediato al pensil, fija la mirada en el mar.—**Galerio**, apoyado en uno de los extremos del asiento.

GALERIO.

¿Qué tienes, Valeria? ¿Tanto te preocupan esta noche las olas?

VALERIA.

El mar es el consuelo de los tristes.

GALERIO.

¿Acaso motiva tu tristeza la proximidad de nuestra unión, que celebraré, según tus deseos, con beneficios de manumisiones y limosnas, en vez de combates de circos y naumaquias?... ¿Nada respondes? ¿Ni siquiera que vas á ser feliz conmigo?

VALERIA.

¡Feliz!... Me atormentan sueños horribles. (Se levanta.)

GALERIO.

Visionaria. Al cabo, herencia de familia.

VALERIA.

¿No podría suspenderse nuestro casamiento?

GALERIO.

¡Qué se diría en Nicomedia!

VALERIA.

Sientan mal los brindis de una boda después de los castigos de una insurrección.

GALERIO.

Día de gloria es para todo gobernante el en que vence á los que conspiraban en su contra.

VALERIA.

Denominárasle mejor día de luto. — Y escucha tres máximas de alta política: Vale más prevenir con juicio que reprimir con enojo. Cuando á la sombra de una institución se cometen abusos, lo prudente es remediar éstos para salvar aquélla. Revoluciones y reacciones vienen porque se las llama.

GALERIO.

Olvida sentimientos de incauta juventud, y haz por estar alegre.

VALERIA.

Mucho ha de costarme.

GALERIO.

Así hallarás en mí un marido ejemplar. Tú eres niña,

yo hombre; tú modelo de perfecciones, yo conjunto de defectos. Pero estas circunstancias me obligarán más á tu cariño. Dacio de origen, prefiero el huracán de las montañas al ambiente de los salones, la tosquedad del suevo á la delicadeza del romano. Pero junto á ti me afinaré. Reconozco que he cedido un poco á la ambición. Pero la patria, dividida, amenazada, exánime, demandó un brazo que la sostuviera, y, anteponiendo su interés al mío, me adelanté á ofrecérsele. Ni te negaré que me arrastró el libertinaje. Pero las seductoras costumbres del Oriente, donde hice mis principales campañas, donde asalté ciudades y conquisté reinos, desconcertarían á un estoico.

VALERIA.

Si de nada te acuso, ¿á qué te defiendes?

GALERIO.

Para demostrarte que, sin ser lo malo que algunos me suponen, seré mejor á tu lado. ¿Cómo alardear de tosquedad en la escuela de tu gentileza? ¿Cómo correr tras la ambición poseyéndote? ¿Cómo escandalizar libertino ante los fulgores de tu hermosura? Mis enemigos, cuyas iras provoqué cuanto pude, me recuerdan mi cuna de pastor y me llaman infame. Pues el burdo pastor, el monstruo infame, estimará siempre tu rasgo nobilísimo de adoptar al niño Candidiano que hubo en una de sus cortesanas, hoy difunta. ¿Qué gracia no alcanzará de mí la que, más digna que la esposa de Constancio con el hijo de Elena, que Teodora con Constantino, recibe por suyo al tierno náufrago de mis últimos punibles devaneos?

VALERIA.

Renuncia á perseguir á los cristianos, y desvanecerás la sospecha de que los odias porque los temes.

GALERIO.

Les dispensaré la tolerancia que me permita su actitud.

VALERIA.

¿Palabra de honor?

GALERIO.

Solemne. Y te adivinaré los pensamientos.

VALERIA.

Con que realices el que te he indicado...

GALERIO.

Y hasta dejaré de ser celoso.

VALERIA.

¡Cuánto me hiciste pasar ayer con el retrato que, según dices, arrancaste de manos de Antimo! Educados juntos, él me pidió y yo le dí, al separarnos, tan débil prueba de mera simpatía.

GALERIO.

De todo prometo corregirme.

ESCENA II

Dichos. — Zoa, que entra cabizbaja y llorosa por el foro, recostándose en la segunda puerta de la izquierda.

VALERIA.

¡Pobre Zoa! ¿A qué impedirle que vea á su hijo?

GALERIO.

El Consejo de los Tribunos Militares, custodio inflexible de la paz del Estado, votó que se le incomunicara.

ZOA.

(¡Vida de mi vida!)

VALERIA.

¿Y cómo sigue el infeliz?

GALERIO.

No muy bien.

VALERIA.

Asegurábase esta mañana que curaría.

GALERIO.

Desde esta tarde ha empeorado mucho.

VALERIA.

Añadíase que tú le heriste en duelo.

GALERIO.

¡Qué absurdo! Ya referí al Emperador...

VALERIA.

Creerá, Galerio, lo que se te antoje referirle.

GALERIO.

Verdad es que Antimo y yo nos desafiamos; pero también lo es que nos sorprendió la insurrección, y hubimos de ponernos, uno á la cabeza del sinnúmero de esclavos que acometieron por ese pensil, y otro á la cabeza de los soldados de tu padre y míos que, allanando la puerta, acudieron por ese lado (indicando el foro) á tomar la defensiva. — Se luchó cuerpo á cuerpo. Se avanzó ó se retrocedió palmo á palmo. Renovóse en el Alcázar de Nicomedia la hecatombe de Graco y Opimio en las calles de Roma, de Catilina y Petreyo en los campos de Etruria, de los que, ganosos de subir, aspiran á destruirlo todo, y de los que, después de haber subido, comprenden que

la igualdad de condiciones equivaldría á despojar á la tierra de sus cumbres. Nadie escoge su cuna, y por ella á nadie debe preguntarse. Pero quien más la ilustra, más se glorifica. ¡Contraste lógico que, á la manera que hay cedros y violetas, haya poderosos y humildes! — Y centelleaban las miradas, y rugían las voces, y chocaban los escudos, y ardían los aceros de tanto golpear como si acabaran de salir del yunque de los cíclopes... Mas logramos vencer, y cuando, sofocado el levantamiento, se reconocieron los muertos y heridos, apareció entre éstos el emisario de las Galias, al cual, por deferencia á tu patrocinada la española, coloqué en mi propio dormitorio al cuidado de Natán, sabio médico israelita.

ESCENA III

Dichos.— Diocleciano por la primera puerta de la izquierda.— Mientras Galerio interroga al padre de Valeria, ésta acompaña á Zoa.

GALERIO.

¿Terminó el Consejo Militar?

DIOCLECIANO.

Condenando á muerte á doscientos.

GALERIO.

Caballo que se desboca, merece que se le refrene; pueblo que se subleva, merece que se le reprima.

DIOCLECIANO.

¿Y si se sublevó en defensa de su derecho?

GALERIO.

El primer derecho, el del que manda.

DIOCLECIANO.

El del que manda y el del que obedece son complementarios. Cuando los de arriba abusan de su autoridad, y los de abajo de su libertad, los de enmedio se apocan y consumen; de donde nace la ruina de todos.

GALERIO.

Tú sí que te muestras apocado.

DIOCLECIANO.

Prefiero desvanecer á provocar tempestades. Indultemos á la mitad de esos infelices.

GALERIO.

¡Jamás!

DIOCLECIANO.

El terror siega gargantas, pero no conquista corazones.

GALERIO.

Los de la mayoría de nuestros súbditos dejaron ha tiempo de latir por nosotros. — ¿Y Antimo?

DIOCLECIANO.

Libre de culpa.

GALERIO.

Gracia dispensada al que yace en el lecho del dolor.

DIOCLECIANO.

Quizá su madre le salvara con su ciencia.

GALERIO.

El docto hebreo que le asiste acordó que, hoy por hoy, se le eviten emociones. (Se va por el foro.)

DIOCLECIANO.

(Á su hija.) Al sacrificarnos por la patria, hundida en el abismo hasta demandar protección á un bárbaro gue-

rrero del Norte, soportemos animosos la fatalidad que nos abruma.

VALERIA.

Recompensad mi obediencia apiadándoos de mi antigua aya.

DIOCLECIANO

Confiad en mí... Hay tronos que parecen cadalsos. (Vase por donde entró.)

ESCENA IV

Valeria. — Zoa.

VALERIA.

Zoa, no te acobardes.

ZOA.

¡Ah Valeria! Sin alardear de fuerte para gemir pesimista, nada agradable presiento.

VALERIA.

Como el día sucede á la noche, la alegría sucede á la tristeza. ¿Quieres venir á mi estancia?

ZOA.

Deseo vigilar ésta (segunda de la izquierda), cuya entrada exterior me cerraron los soldados del Parque. Aunque sea cadavérico, inerte, he de abrazar á mi ídolo.

VALERIA.

Dios nos le conserve para mitigar, á lo menos, una persecución tan inaudita, que recibió el dictado de *Era de los mártires.*

ZOA.

¿Qué entusiasmo comparable á su entusiasmo en acometer empresas arduas?

VALERIA.

¿Qué denuedo comparable á su denuedo en combatir lo justamente combatible?

ZOA.

¡Y cuando soñaba en un edén, ha despertado en un infierno!

VALERIA.

Sin duda mi padre sancionó la prohibición de que le vieras... por no disgustar al médico, por no irritar á los jueces.

ZOA.

Otra es la causa. Ayer conseguí llevármele en lo recio del desafío. Pero ¡ay! que al separarnos de la confusión del alzamiento, el pobre cayó agredido por la espalda, á traición, no en huída: que nunca huyó alma valerosa de quien ataca frente á frente.

VALERIA.

¿Conocerá al agresor?

ZOA.

Y anhela curarse para darle su merecido. Ello es que en el acto me alejaron de mi bien, y que, á pesar de las horas transcurridas, ignoro el estado en que se halla. El Emperador, que inútilmente procura calmarme, desoyó mi súplica... por ceder á las sugestiones del que, desvanecido con el humo de su encumbramiento, intenta arrollarnos á todos.

VALERIA.

Del que, casado conmigo, resultará tal vez menos depravado de lo que imaginas.

ZOA.

Admirando cuán discretamente defiendes al César á quien unes tu porvenir, te advertiré que, criada desde pequeña al calor de falaces cortesanías, apenas tuviste ocasión de estudiar á la humanidad, cuyas decepciones serán tu mejor enseñanza.

VALERIA.

Entonces... busquemos la soledad de un cenobio.

ZOA.

Donde siquiera eludiríamos el cumplimiento de leyes que aherrojan la conciencia; donde siquiera aspiraríamos ambiente más puro que el de esta cárcel sin luz que se llama sociedad gentílica, sepulcro demoniaco bajo cuya férrea losa nos devora la nostalgia de lo infinito. Yo me ahogo en estas alturas. Prefiero humilde retiro, en el que, comiendo negro pan y bebiendo amarga sidra, evite los riesgos de ambiciones que enloquecen y de asesinos que acechan; en el que, al pagar la deuda contraída al nacer, aliente la esperanza de que sobre mi tumba crecerá una flor regada por el llanto de mi hijo.

ESCENA V

Dichas. — Esclavos 1.° y 2.°, blancos, por el foro. — Luego **Antimo** desde dentro.

ESCLAVO 2.°

(Á Zoa.) Te rogamos que salgas de aquí.

ZOA.

¡Que salga de aquí?

ESCLAVO 1.º

Te lo mandamos.

ZOA.

(Á Valeria.) ¡Ampárame!

VALERIA.

Dejadla.

ESCLAVO 1.º

(Bajo á la Princesa.) Venimos de parte del César Galerio á informarnos del Centurión, y á sacarle de Palacio así que espire.

VALERIA.

(Idem al esclavo.) No importa.

ZOA.

(Después de fijarse en los siervos, que han marchado por la segunda puerta de la izquierda.) Si Antimo falleciera, tiemblo de pensarlo, tú serías en lo terrenal mi único consuelo.

VALERIA.

Me interesaré por que no se le castigue.

ZOA.

¿Dudas de su inocencia?

VALERIA.

Se le supone jefe de la rebelión de ayer tarde.

ZOA.

El tiempo deshará la calumnia, como el sol deshace la niebla. Alguien le propuso que acaudillara á los revoltosos contra el hechizado Diocleciano. Plan, gente, armas, todo estaba dispuesto. Sólo faltaba una dirección

como la suya. ¿Y sabes por qué no aceptó? Por el afecto que le inspiráis, por la gratitud que os debe.—(Á los domésticos, que vuelven intranquilos.) ¡Qué ocurre?

VALERIA.

Pronto.

ESCLAVO 1.º

Que Antimo...

ANTIMO.

(Dentro, con voz desfallecida.) ¡Madre!

ZOA.

¡Él!... ¡Paso! ¡Paso!

VALERIA.

Dejadla.

ESCLAVO 1.º

Nosotros...

ZOA.

La Princesa lo autoriza, y mi aflicción lo ruega. — Entraré de puntillas; le veré sin mirarle; cuidaré de no comprometeros. Y si os llegara á comprometer, ofrecería mi sangre por salvaros. ¡Que él viva, aunque yo muera! Renacería en su aliento, prolongando mi existencia á otras generaciones. — ¡Nada! Impasibles.

ANTIMO.

(Dentro, con voz más apagada.) ¡Madre!

ZOA.

¡Basta! — ¿Sois hombres? Ayudadme. ¿Sois fieras?... Temedme. (Corre al dormitorio, y á poco exhala horrible grito.)

ESCENA VI

Dichos, menos **Zoa**.

VALERIA.

(Á los siervos.) Mientras respire el herido, continuará en esa habitación; y caso de que desgraciadamente sucumba, le trasladaréis á la Cámara del Pretorio. Cuanto favor le dispenséis merecerá mi aplauso. — (Alargándoles unas monedas.) Tomad.

ESCLAVO 1.º

(Cogiéndolas.) El dinero no ha de librarnos del suplicio.

VALERIA.

Os librará la invocación de mi orden.

ESCLAVO 2.º

(Aparte á Valeria.) Soy cristiano, y cumpliré las que me dictes.

ESCENA VII

Dichos. — **Zoa**, pálida, convulsa, descompuesta.

ZOA.

¡Se realizaron mis augurios!

VALERIA.

¡Cielos!

ZOA.

¡Yo, que domino los secretos de las plantas, no pude inocular en sus venas el zumo de la que le arrebatara á la muerte!

VALERIA.

Aún te queda mi filial ternura.

ZOA.

«Herido á traición y envenenado por la herida, perdono á Galerio, mi enemigo.» Tal murmuró el héroe, balbuciente, lívido, yerto. Y, en santo beso de postrer adiós, sus lágrimas se confundieron con las mías: perlas del cariño que unía nuestras almas, y cuyo hilo cortó la espada del Coloso.—De ahí que el verdugo tratara de alejarme de su víctima.

VALERIA.

¡Esforzándose en demostrar la rectitud de su conducta!

ZOA.

De ahí que su cómplice Natán, inmóvil á la cabecera, me lanzara de sí bruscamente.

VALERIA.

¡Al fin judío!

ZOA.

Triste es la caída del árbol por la tenaz carcoma del tiempo; pero es más triste su caída al súbito golpe del hacha. — Hierve en mis entrañas el fuego de un volcán. Cruzan por mi cerebro rayos que aniquilan. — El soberbio germano reta á la humilde española... Pues aceptado el reto. (Encuéntrase con el de Iliria, que asoma por la segunda puerta de la izquierda. — Cuadro.)

ESCENA VIII

Dichos. — **Galerio.** — Luego **Diocleciano** y **Esclavo 3.º, blanco,** vestido de gran fiesta, con distintos colores que los otros dos.

GALERIO.

(Á los domésticos.) Haré que os descuarticen como reos de lesa nación.

VALERIA.

Yo dispuse que entrara *Zoa*.

ZOA.

Quiero andar, y no puedo.

DIOCLECIANO.

(Saliendo de la antecámara.) (¿Me engañará Natán?)

GALERIO.

(Á los domésticos.) De mucho os acusa vuestra desobediencia.

ESCLAVO 1.º

Ni de vista conocíamos al desatentado mancebo.

ZOA.

¡Ofender su memoria quien aclamó su jefatura!... Vencedor ó vencido, serías insufrible: arriba un déspota, abajo un ingrato, y siempre un egoísta.

ESCLAVO 1.º

Otros me acompañaban.

GALERIO.

Aumentaréis el número de los doscientos condenados á servir de alimento á los peces.

AMBOS ESCLAVOS.

(Arrodillándose.) ¡Piedad!

ZOA.

Mi mente se ofusca.

ESCLAVO 3.º

Por la primera puerta de la izquierda.) El sacerdote de Júpiter está esperando. (Se retira á tiempo que la Amazona lanza una carcajada histérica y cae sobre el triclinio.)

VALERIA.

(Acudiendo.) ¡Zoa! ¡Zoa!

GALERIO.

Un ligero desmayo.

DIOCLECIANO.

¿Te empeñas en que la boda se celebre esta noche?

GALERIO.

Lo suplica mi cariño á Valeria. Como la razón de Estado exige para mañana tu abdicación en el Campo de Marte.

VALERIA.

Compadeceos de esos infelices.

DIOCLECIANO.

Id en paz.

AMBOS ESCLAVOS.

(Levantándose.) Señor...

GALERIO.

Hoy habéis nacido.—(Bajo.) Ahora, siguiendo mis ins- instrucciones, llevaos al difunto por el Parque, y escarmentad en su trágico fin. (Los habla con misterio.)

VALERIA.

(Sollozando.) ¡Padre mío!

DIOCLECIANO.

(Abrazándola.) ¡Valor!—(No hubo mártir de cuantos inmolé que sufriera el martirio que sufro.)—(Vase.)

GALERIO.

¡Y lloras?

VALERIA.

¡Mi buena aya! ¡Mi noble centurión!

GALERIO.

Tu rostro será objeto de todas las miradas.

ESCENA IX

Esclavos 1.° y 2.°, blancos. — Zoa desmayada.

ESCLAVO 1.°

Por *ella* estuvimos á punto de ser descuartizados.

ESCLAVO 2.°

¿A qué provocarla, y denunciarme?

ESCLAVO 1.°

Reniega uno de su sombra cuando se ve en peligro.

ESCLAVO 2.°

¡Ay del tigre si el león resucitara!

ESCLAVO 1.°

El curandero judío, que mata á los vivos, no resucita á los muertos.

ESCLAVO 2.°

En su presencia hemos de arrojar al nuestro en la hoguera fúnebre.

ESCLAVO 1.°

Así desaparecerán las huellas del envenenamiento, que se da por seguro. (Se van por el foro. — Pausa.)

ESCENA X

Zoa.

(Volviendo en sí.) ¡Qué horrible pesadilla! ¡Qué atroz cansancio!... ¿Dónde estoy? — (Óyese ruido de gente que bulle en la antecámara.) ¡Ese es el mundo, el mundo de los réprobos, alocado por la duda, abrutado por el placer, caos y lodo, sin juicio para elevarse á una creencia, sin caridad para el infortunio! — (Irguiéndose y mirando.) La ceremonia va á concluir. Galerio sonríe á sus parciales. ¡Pobre Diocleciano! Y, aturdido, rompe, en vez de desatar, el *nudo hercúleo* del ceñidor de su cónyuge. ¡Pobre Valeria! — No faltarán en la cena nupcial las ostras de Kent y el vino de Cecubo. Y alternarán los brindis á los hombres con las libaciones á los dioses. Y, apurada la copa de despedida, Caín dormirá sueño apacible, en tanto que mi Abel duerme el eterno sueño. — (Al divisar á su contrario.) ¡Oh!... ¡Bendita suerte que pone á mi alcance al asesino!

ESCENA XI

Zoa. — Valeria. — Galerio.

VALERIA.

(Atravesando la escena con su marido.) Me siento desfallecida.

GALERIO.

Aspiremos, lejos de la multitud, la brisa del Golfo.

ZOA.

(¡Despierta, corazón!) — (Alcanza un puñal de la panoplia.)

GALERIO.

(Desde el pensil.) ¡Hermosa noche! Ninguna disfruté más poética en mis juveniles campañas de Egipto. El cielo estrellado, la ambición satisfecha...

ZOA.

(Apareciendo.) Y mi dolor escarnecido.

VALERIA.

¡Zoa!

GALERIO.

¡Qué pretendes? (Se dirige en busca de otra arma.)

ZOA.

(Blandiendo la suya.) Ver si la esclava derriba al señor; ver si tu sangre, vertida en aras de justa venganza, es tan negra como tu conciencia.

GALERIO.

¡Y tú quién eres para oponerte á mí?

ZOA.

¿No acabo de decirlo? Una esclava, menos que un grano de arena en el desierto ó que una gota de agua en el mar. Pero el grano se convierte en montaña que aplasta, y la gota en tempestad que ruge, que ahoga, que sepulta.

VALERIA.

(Interponiéndose.) ¡A un indefenso?

ZOA.

¿Deseas que empuñe nuevo acero envenenado?

VALERIA.

Recuerda el bondadoso ejemplo de Antimo.

ZOA.

¡El ejemplo de Antimo!. . Le recordaré. ¿Por qué no?

—(Á Galerio.) Corre (indicando la panoplia), y en franca lucha, si no vencer, sabrá morir la antigua amazona de Sagunto.

GALERIO.

¡Ah de la Guardia!

ZOA.

¿Amas la vida?... ¡Ni el infierno te quiere! (Arroja el pnñal.)

ESCENA XII

Dichos. — **Ulfo,** espada en mano, y **Dos soldados del Pretorio,** que, armados de lanzas, entran por el foro, mientras **Diocleciano** asoma por la primera puerta de la izquierda.

GALERIO.

Ulfo, prende á esa mujer, que atentó á mi existencia, y que la crucifiquen inmediatamente los lictores.

VALERIA.

¡No!

GALERIO.

¿Quién se atreve á impedirlo?

VALERIA.

La hija del Emperador Augusto.

DIOCLECIANO.

(Adelantándose.) Y el Emperador en persona. (Ulfo permanece inmóvil, fijo en Galerio.)

GALERIO.

(Á Diocleciano.) Mandato tan absurdo, que tus mismos centuriones, cansados como yo de tu debilidad, se niegan á cumplirle.

DIOCLECIANO.

Siembra beneficios y cosecharás ingratitudes, cuando no enemistades.

VALERIA.

¡Era éste el regalo de boda que me preparabas?

ZOA.

(Á Galerio.) Aunque la cristiana te perdonó, la madre te aborrece.

GALERIO.

¿La oís?

DIOCLECIANO.

¡Apenas te hice mi yerno, me vilipendias ante mi Guardia?

GALERIO.

Pago deudas de Antioquía.

VALERIA.

Nunca os entenderéis. Habláis distintas lenguas. ¿Cómo entenderse la magnanimidad y el encono, la libertad y el despotismo?

ZOA.

Con libertad ó sin ella, hay una fuerza que se nos impone. Los dioses se van, monstruos de un invierno sin primavera, de una noche sin aurora, y en su ida se alza la Cruz, vestida de flores, radiante de esperanzas, estrechando al mundo entre sus brazos.

GALERIO.

¿La oís?

ZOA.

Ni creáis que me asusta el martirio. Sucumbiré contenta, despidiéndome con un «Hasta luego» de los que se queden. Y mi cadáver será perenne testimonio de

aquella redentora sangre del Gólgota, que, comenzando en humilde arroyuelo, avanza hoy mar desbordado de oleaje providencialmente irresistible.

DIOCLECIANO.

En bien de todos, evitemos una catástrofe.

GALERIO.

¿De qué modo?

DIOCLECIANO.

Respetando á la madre de Antimo, á condición de que, acabada mañana la irrisoria jura de las tropas, abandone conmigo una Corte cuyo letal ambiente me asfixia.

VALERIA.

Accede. No es digno de subir quien se desvanece en las alturas.

GALERIO.

La respetaré... por Valeria. — (Á Ulfo.) Retiraos.

DIOCLECIANO.

(Á su hija, trémulo de ira.) ¡Vamos! (Encamínanse á la antecámara, donde suena nuevo alegre bullicio.)

ESCENA XIII

Zoa. — Galerio.

ZOA.

Acude famélico á cenar, y ahito á coronarte. Aquí tendrás esclavos del Ergástulo que te sirvan manjares al són de sus canciones; allá mendigos del Poder que te

ensalcen hasta las nubes. Lo que no tendrás, renegado de tu estirpe, cruel y vicioso, es paz ni salud. Y aun cuando tu alma acalle sus remordimientos, y tu cuerpo resista sus enfermedades, bajarás al cabo al sepulcro, y entonces...

GALERIO.

¡Sibila maníaca! Oriundo de los Alpes de Suevia, nacido entre el Teis y el Danubio y casado con una Princesa de Roma, soy germano, eslavo, latino; soy la Humanidad... que te desprecia. (Auséntase en la dirección que Diocleciano y Valeria.)

ZOA.

¡Dios soberano! Tú únicamente comprendes la grandeza de mi sacrificio. Y le comprendes, porque existes. Y existes... porque yo necesito de Ti. Pues si Dios no existiera, ¡qué sería de los desgraciados!





EPÍLOGO

En primer término, vestíbulo del Palacio de Galerio en Sárdica de Dacia. Á la derecha, puerta que conduce á las habitaciones del nuevo Emperador Augusto. Á la izquierda, balcón que da á la Plaza de Esculapio, y junto al balcón un triclinio. — En segundo y último término, galería semibizantina, á través de cuyos arcos se divisa celaje tormentoso, y en una de cuyas columnas se halla fijado un edicto.

ESCENA PRIMERA

Valeria. — **Esclavo 2.°, blanco.** — Después **Ulfo**, á la sazón Tribuno Militar, Jefe de la Guardia de Galerio, oculto detrás de la puerta.

ESCLAVO.

Puedes creer, insigne Valeria, cuanto acabo de referirte.

VALERIA.

(Con un pliego cerrado en la mano.) Á la verdad que me sorprenden las noticias del esclavo de mi confianza.

ESCLAVO.

Y, sin embargo, son tan ciertas como que tú y yo somos cristianos. Sárdica de Dacia aclamará en breve Emperador al César Constantino, no en odio á ti, á

quien todos amamos, sino en odio á tu esposo, á quien todos aborrecen.

VELERIA.

Háblame de tu viaje.

ESCLAVO.

Fundada era la voz, que corrió hará un mes, de que Zoa, ausente de Nicomedia desde el día siguiente á la noche en que falleció su hijo, desde que las tropas juraron á Galerio, moraba en los desiertos de Siria. Dos años vivió allí, consolando á su antigua Soberana.

VALERIA.

¡Pobre madre mía, á la que apenas conocí!

ESCLAVO.

Mas luego desapareció como tragada por la tierra. (Tras la puerta muéstrase Ulfo, que escucha con atención.)

VALERIA.

¿Nada averiguaste en Tréveris?

ESCLAVO.

Nada, excepto que Constantino se iba ganando numerosas poblaciones en la actual guerra civil, y que, atendiendo á divinos augurios, se disponía heroico á alzar la Cruz por corona de su Lábaro.

ULFO.

(Complicidad manifiesta.)

VALERIA.

¿Nada te dijeron en Salona? (Guarda el pliego en su escarcela.)

ESCLAVO.

Después de recibir de tu augusto padre la carta que acabo de fiar á tus manos, para que llegue á las de tu

marido, supe al fin la residencia de tu valerosa aya de parte del célebre Natán, que se oculta á la sombra de Diocleciano por temor de ser decapitado por Galerio.

ULFO.

(Su temor acusa su traición.)

VALERIA.

¿Y *Zoa* no opuso obstáculo en seguirte á esta mi Corte de Sárdica?

ESCLAVO.

Ninguno, al leer que tú lo acordabas por complacer á un moribundo.

VALERIA.

¿Y Natán no te reveló la causa de su fuga?

ESCLAVO.

Me advirtió únicamente, al indicarme el rincón de las Catacumbas de Milán en que se hallaba la española: «Soy menos malo de lo que cree Valeria; gustaría de servirla con la lealtad con que serví á su padre; la Amazona le informará de la causa de mi destierro.»

ULFO.

(Me la figuro.)

VALERIA.

¿Salvó á Antimo?

ESCLAVO.

En lo humano no hay salvación para los muertos.

VALERIA.

Guía á *Zoa* á mis habitaciones, y mañana recibirás la libertad.

ESCLAVO.

Con razón te dan sobrenombre de *Bondadosa.* (Se va por la galería de la izquierda.)

ESCENA II

Dichos, menos el **Esclavo**.—Á poco el centurión **Próculo**.

VALERIA.

Extraño la conducta del médico judío.

PRÓCULO.

(Por la galería de la izquierda.) ¡Noble Señora!

ULFO.

(¡También éste?)

VALERIA.

¡Qué ocurre, mi centurión Próculo?

PRÓCULO.

Galerio, suponiéndote jefe de la revolución próxima á destronarle, maquina tu desgracia.

VALERIA.

Testifique el cielo mi inocencia.

PRÓCULO.

¿Qué importa que el ejército y el pueblo la testifiquen, si llegan tarde en tu socorro?

VALERIA.

(Mirando por donde entró el centurión.) ¡El Emperador!

ULFO.

(Cumplamos como soldado fiel á su Príncipe y á sus dioses.) —(Se retira.)

PRÓCULO.

En la Prefectura de tu Guardia estoy, y á una voz tuya... (Vase por la puerta, haciendo profunda reverencia al César Augusto, que, extenuado, cadavérico, asoma apoyado en hombros de dos esclavos negros.)

ESCENA III

Valeria.—Galerio, conducido por los **Esclavos 1.º** y **2.º, negros,** que visten túnicas blancas con cinturones rojos, avanza hasta el triclinio que hay junto al balcón.

GALERIO.

Más que de lictores que me anuncien, necesito de esclavos que me arrastren. Los trabajos de la milicia, y sobre todo los excesos de la licencia, me han rendido. ¡Caros pago hoy los vicios de ayer, mi glotonería en los banquetes, mi lascivia en los lupanares! — La sed de sangre que me complacía se trocó en sed de agua que me abrasa: estoy hidrópico. Los dolores que á otros ocasioné se dieron cita en mi cuerpo: me atenacea la gota. Y antes de tiempo encaneció mi barba y se arrugó mi frente: la vejez sin ninguno de sus esplendores. La corona es ya demasiado angosta para mi cabeza, jardín de costras por entre cuyos bordes sobrenada la lepra. (Arroja la corona.) Hasta el pus desciende á ensuciar la púrpura que tanto ambicioné. (Arroja el manto.) ¡Tarde conocí que son los deleites sensuales préstamos que se toman con prenda de la vida! (Relampaguea.) — Todos huyen de mí, porque mis llagas hieden, infestando el Palacio, la ciudad, el mundo. Sólo vosotros (recreándose en los siervos) me aguantáis... á la fuerza. Bendecidme con vuestras sonrisas (sonríen), aunque me maldigáis con vuestras intenciones. — ¡Y llaman Emperador á este vil juguete de remordimientos y de piojos! (Quiere sentarse, y no pudiendo sin los etíopes, los rechaza bruscamente.)

VALERIA.

(Ayudándole.) No te irrites.

GALERIO.

Su voz me lastimaba, y los condené á perpetuo silencio. Como sus manos continúen lastimándome, ordenaré que se las corten. (Los aludidos se colocan inmóviles detrás del escaño imperial.)

VALERIA.

Paciencia. (Concluye de sentarle.)

GALERIO.

¿Vino el esclavo que marchó á Siria?

VALERIA.

Y estuvo en Salona, de donde trajo para ti una carta de mi augusto padre.

GALERIO.

Augustos... yo y Licinio, asociado á mí, por voluntad mía.

VALERIA.

Bien: trajo una carta de mi padre. (Se la entrega.)

GALERIO.

(Abre el pliego y lee.) «Mucho me preocupan las borrascas del Imperio: desde que abdiqué no se dan punto los naufragios. Mucho me duele la ausencia de Prisca y de Valeria: aún no se les ha permitido venir un día á consolarme. Pero me preocupa y duele más que tú, cuya falta de salud lamento como propia, me acuses de conspirador egoísta. Maximiano, que, arrepentido de su abdicación, quiso, á la vez que fomentaba la guerra civil, destronar á Magencio, su hijo, y matar á Constantino, su yerno, acabando por caer en manos de éste y por suicidarse en negro calabozo, me escribió para que secundara sus planes. ¿Y sabes lo que le contesté? «No he comenzado á vivir hasta que he dejado de reinar. ¡Si

vieras qué coles se crían en mi huerto!» [1] — Sin embargo, ni aquí me olvida tu encono. Tus espías me acechan. Y el Senado de Roma anhela vengar el desdén con que le traté cuando recibí los honores del triunfo. ¡Imbéciles! No comprendéis que yo, menos tímido que orgulloso, antes que el placer de mi ejecución os daría, igual que Maximiano, el ejemplo de mi suicidio.— Cuento sesenta y seis años, que me abruman con peso de ochenta. En la angustia que me consume, rujo como un león y sueño como un loco. Me ahoga la sangre de los mártires. Me acuerdo de Caro y su familia. Acuérdate de Antimo.»

VALERIA.

Dispensa alguna de sus expresiones, debida á su estado enfermizo, y arranquemos de su cerebro ideas tan tristes.

GALERIO.

Amenazado de enemigos traidores y agobiado por un mal del infierno, ¿qué me importa que la humanidad se hunda?

VALERIA.

¡Traidor á ti quien te protegió cuanto pudo!

GALERIO.

¡Harto sé de lo que es capaz mi verdugo de Antioquía! (Rompe la carta.) — ¿Pareció esa mujer?

VALERIA.

¿Cual?

GALERIO.

Zoa.

VALERIA.

Haré que se te presente. (Al retirarse por la galería de la izquierda, Ulfo muéstrase de nuevo.)

1 Histórico.

ESCENA IV

Galerio, acompañado siempre de los **Dos esclavos negros**. — **Ulfo,** que se le aproxima receloso de que le vean.

GALERIO.

(Á los siervos.) Apartaos. (Ambos se sitúan junto á dos columnas de la galería.)

ULFO.

El centurión, suevo como tú, que en la Corte de Diocleciano te obedecía antes que á nadie; el hoy Tribuno Militar, Jefe de tu Guardia, yo, Ulfo, te comunico que no eran vanas tus sospechas respecto de los nazarenos. Se conspira en tu contra, según plan vastísimo, y por personas que suponías leales ó difuntas.

GALERIO.

Denúnciamelas.

ULFO.

Insisto en denunciarte á la Emperatriz.

GALERIO.

Caerá su cabeza.

ULFO.

Hay esclavos y centuriones que la instigan á erigir sobre tu solio al antiguo pupilo de tu suegro, á Constantino.

GALERIO.

¡Nombre aciago!

ULFO.

Te denuncio á Natán.

GALERIO.

¿Dónde se encuentra?

ULFO.

En Salona, amparado por quien seguramente es padre de Antimo.

GALERIO.

¡Y éste vive?

ULFO.

Quizás.

GALERIO.

¿En qué te fundas?

ULFO.

En la simpatía que une al venal judío y al aya hipócrita, y en la facilidad con que dicha aya responde á tu llamamiento, acudiendo á Sárdica de Dacia cuando tanto se habla de la desaparición del General Flavio de Ampurias.

GALERIO.

Flavio me inspiró siempre desconfianza.

ULFO.

Temo que se recata de alguien al huir de las ciudades y no buscar otros amigos que sus soldados.

GALERIO.

Á pesar de su fama, ni le conozco de vista.

ULFO.

Cuentan que es un viejo español que hizo su carrera en las Galias. Mas... ¿y si fuese joven, Antimo disfrazado?

GALERIO.

¡Terrible idea! (Vuelve á relampaguear.) — Al oirte, quisiera ceñirme la coraza, montar á caballo, mandar mis legiones...

ULFO.

Yo haré tus veces.

GALERIO.

La ambición es una usurera que se cobra en dolores los placeres que proporciona. ¿Habrán caído sobre mí estos dolores en castigo de mi persecución á los discípulos del Galileo? Jerusalén yace en ruinas. ¿Por qué me preocupo de ver su horizonte teñido de célica alborada? Roma suspira en completo abandono. ¿Por qué me inquieto al mirar sus códigos democráticos bendecidos por el Vicario de Jesucristo?

ULFO.

Timideces de enfermo.

GALERIO.

¿Eso crees?

ULFO.

La debilidad de tu cuerpo se refleja en la de tu conciencia.

GALERIO.

¡Habría de llegar mi extravío hasta convertirme en censor de mis propios actos?

ULFO.

Urge que continúen las prisiones de sospechosos.

GALERIO.

Los tronos son plazas en continuo sitio. ¡Ay de los sitiados que se duermen! — (Á los negros.) Venid. (Apoyado en sus hombros, y ayudado de Ulfo, que le ciñe el laurel y le viste la púrpura, arrojados antes al suelo, se ausenta á sus habitaciones.)

ESCENA V

Valeria y **Zoa** por la galería de la izquierda.

VALERIA.

¡Seis años sin acordarte de mí!

ZOA.

¿Á qué turbar la dicha de tu matrimonio?

VALERIA.

Dí mejor la desdicha. Desde que Galerio se enlazó conmigo, la enfermedad se apoderó de su cuerpo y la discordia de sus pueblos. Ni una queja lanzó mi boca. Aceptada la vida á modo de carga, le toleré cuanto puede tolerarse, incluso que adoptáramos á Candidiano, hijo natural habido en su última juventud licenciosa.

ZOA.

Por fortuna no tenéis sucesión.

VALERIA.

Aun teniéndola, querría como quiero á esta criatura. ¡Es tan hermosa, tan buena! Apenas ha cumplido ocho años. En lo azul de sus ojos se reflejan los arreboles del cielo. Después de todo, más vale pelear con niños que con hombres.

ZOA.

Eres un ángel.

VALERIA.

Galerio, á su vez, no me otorgó favor alguno. Le pedí que levantara el destierro á mi madre, y mi madre sigue en el destierro. Le supliqué ver á mi padre en Salona, y la súplica fué desatendida. Le indiqué satisfacción en averiguar tu paradero, y calló como un idiota.

ZOA.

Y, sin embargo, intenta hoy lo que ayer rehusaba.

VALERIA.

¿Qué no intentará enfermo desahuciado?

ZOA.

En Milán corrió la noticia de su muerte.

VALERIA.

Examínale caritativa. Más digno será el favor viniendo de tu parte. — Con dulzura logré de él inestimable triunfo. Hará dos meses que accedió á que le visitara un médico de nuestra comunión. «Señor, le dijo el médico, recuerda tus ataques á la Religión de Jesús, y comprenderás á Quién has de acudir.» Poco después firmaba aquel edicto (señalando el de la columna) con el Augusto Licinio y el César Constantino.

ZOA.

(Se adelanta y lee.) «Negándose la mayoría de los cristianos á honrar á los dioses sin previa licencia de servir al suyo, les concedemos que profesen libremente sus ideas y que se reúnan en sus conventículos, con tal de que guarden el debido respeto á las leyes y al Gobierno establecidos. Y esperamos que nuestra indulgencia les inducirá á rogar á su Dios por nuestra salud y prosperidad, á la vez que por la salud y prosperidad del Estado.» [1] — (Bajando á escena.) Ya se notaron los efectos de tal concesión. ¿Se arrepentirá de ella tu marido?

VALERIA.

Arrepiéntase ó no, el hecho es que sancionó nuestra libertad. ¡Bendito el matrimonio, que me sirvió para alcanzarla!

ZOA.

El que sancionaría por siempre aquella libertad sería Constantino. Si en lugar de César, título que se limitaron aquí á reconocerle, se titulara Augusto, según le aclamó á la muerte de su padre el ejército de las Galias, nuestra situación cambiaría muy pronto.

---

1 Final del edicto de 1.º de Marzo de 311, Eusebio VIII, y Lactancio, *De morte persecutorum*, 34.

VALERIA.

Le defiendes entusiasmada.

ZOA.

Correspondo, Valeria, al afecto con que distinguió á mi hijo, y — ¿á qué ocultártelo? — con que le distingue actualmente.

VALERIA.

¡Luego vive el que todos creímos difunto?

ZOA.

¿Viera yo, de otra suerte, al que trató de asesinármele? ¿Abandonara el Desierto por correr de catacumba en catacumba, de Nicomedia á Tréveris, de Roma á Milán, á enjugar el llanto de los perseguidos que allí se escondían?

VALERIA.

¿No fué arrojado Antimo, á presencia de Natán, en la hoguera fúnebre?

ZOA.

Gracias á que el Emperador, adivinando la inquina de Galerio, satisfizo la usura de Natán, éste le salvó con su ciencia, y después con su astucia, sustituyendo el cadáver supuesto de mi bien con el verdadero de un ajusticiado, que llevara á su estudio.

VALERIA.

Tus explicaciones me dan el sentido de ciertas palabras que, de labios del médico israelita, me transmitió el esclavo que despaché en tu busca.

ZOA.

Místicamente rogué por quienes me devolvieron la prenda de mi alma, y en parte fueron escuchados mis ruegos. El que para evitar sospechas me lanzó de sí,

figurando muerte irremediable bajo la máscara de pasajero síncope, se ha convertido al Cristianismo. En cambio, Diocleciano sufre la doble pena de que los dioses se van y de que uno de los Generales que los expulsan... es su hijo.

VALERIA.

¡Antimo mi hermano!

ZOA.

Tu hermano.

VALERIA.

¿Y él lo sabe?

ZOA.

Sí, aunque á nadie revela el secreto de su origen quien ha menester encubrir el secreto de su existencia. Previendo segunda y más aleve persecución, ha mudado hasta de nombre.

VALERIA.

¿Dónde se halla?

ZOA.

(Observando al César Augusto.) ¡Galerio!

ESCENA VI

Dichos.—Galerio, conducido como antes por los **Dos esclavos negros,** ocupa de nuevo el triclinio.

GALERIO.

(Á Zoa.) ¿No es cierto que en seis años he cambiado bastante? Cuatro me faltan para los cincuenta, y parezco un anciano. Inmundas úlceras me corroen de pies á cabeza; todo me fatiga, y las piernas, hinchadas, se niegan

á llevarme. —Ningún Hipócrates descifró el enigma. Levanté una estatua á Esculapio (señalando por el balcón). Pero el dios de la Medicina cerró los oídos á mi súplica. Cansado de mi religión, pensé en la tuya, concediéndoos el edicto de libertad que ansiábais (señalando la columna de la galería). Pero tu Dios se ríe de mis votos. ¿Á quién acudo?

ZOA.

(Examinándole.) Difícil es la respuesta.

GALERIO.

Acaso Natán me salvara... ¿En qué punto reside?

ZOA.

¿Me tomas por espía?

GALERIO.

No pretendo insultarte, sino consultarte. Y espero de ti la verdad desnuda.

ZOA.

Ya que te empeñas.....

GALERIO.

Entregado últimamente á la filosofía estoica, acepto el dolor como un bien. ¿Soy incurable?

ZOA.

Incurable.

GALERIO.

¿Y moriré pronto?

ZOA.

Lo mismo puedes morir dentro de un año que dentro de una hora.

GALERIO.

Te prevengo que maté á dos físicos que me desahuciaron como tú.

VALERIA.

¿Quebrantarías el juramento de respetar á la que, fiada de mí, acudió á tus ruegos?

GALERIO.

¿Á qué se llaman curanderos si no curan?

VALERIA.

Me obligarías á protestar.

GALERIO.

Amenaza que exige su pena.

ZOA.

Pena que sufriremos con valor.

GALERIO.

Ya sé, Zoa, que estás dispuesta á todo. Como sé que has recorrido campos y ciudades provocando los ánimos contra mí, de acuerdo con la repudiada Elena y con la desterrada Prisca. Como sé que el hoy General Flavio de Ampurias, tu cómplice, vino á impedir la abdicación de Diocleciano, é incitó después al ejército galo á proclamar Augusto á Constantino, é impulsó más tarde á Magencio á recibir en Roma homenaje imperial del Senado.

VALERIA.

(¿Será Antimo el jefe español cuya frente circunda la gloria?)

ZOA.

Tus crueldades enardecieron á los más pacíficos.

GALERIO.

Flavio dió lugar á que mi colega Severo, que avanzó desde Milán á reprimir á los usurpadores, pereciera sitiado en Ravena, y á que yo desolara á Italia á modo de bárbaro implacable.

VALERIA.

La ira te ahoga.

ZOA.

Acortando su existencia.

GALERIO.

Vosotras me acompañaréis en la partida.—¡A ver! (Á uno de los esclavos.) Rasga aquel edicto, firmado por el egoísta deseo de la salud. (El negro obedece, y torna al lado del Emperador.) ¡Á ver! (Al otro esclavo.) Que Ulfo conduzca á la Plaza de Esculapio á cuantos nazarenos se hallen en las prisiones de mi Corte, y que con los primeros que lleguen comience á alimentar la hoguera que de antemano había yo preparado. (Vase el doméstico por la puerta.)

VALERIA.

Me ofreciste solemnemente que les dispensarías la mayor tolerancia.

GALERIO.

La mentira es un ardid de la política.

VALERIA.

De tu política, que ha roto las fronteras de todo derecho divino y humano.

GALERIO.

Poco te falta para declarar tu fe en Jesucristo.

VALERIA.

La declaro.

GALERIO.

Lo sospechaba. Y como lo sospechaba, mis pretorianos, que han encarcelado á los tuyos, os vigilan, y á un grito mío rodaréis por ese balcón á ser consumidas por el fuego.

VALERIA.

¡Estará loco?

GALERIO.

(Al brillar intenso relámpago y zumbar prolongado trueno.) ¡Hasta la Naturaleza se vuelve en mi contra!... La desafío. (El segundo esclavo torna á su anterior posición.)

ZOA.

Loco de soberbia.

GALERIO.

¿Confiáis en el General español, escondido cerca de aquí para asaltar estos muros?

ZOA.

Repetimos con la Santa Biblia: «No digas: Yo me vengaré. Confía en Dios, y Él te vengará.» [1]

GALERIO.

(Contemplando el horizonte, que va reflejando las llamaradas de una gran pira.) ¡Hermoso resplandor! ¡Valeria Augusta! Disponte á marchar la primera.

VALERIA.

¡Qué será de tu pobre niño Candidiano?

GALERIO.

¡Inocente mío! ¡Ampárale! Si no ha vivido, ¿qué mal pudo causar á nadie?—¡Salvaos vosotros dos!

VALERIA.

¿Y Zoa? ¿Y esos infelices? (Por los de la Plaza.)

GALERIO.

¡Basta de perdones!

---

1 *Proverbios*, xx, 22.

ZOA.

(Descubriendo por el balcón algo que la regocija.) (¡Ah!)—Cuando Magencio en Italia y tú en Dacia imitáis á los déspotas del Oriente, surge del Ocaso un Príncipe, iris de bonanza.

GALERIO.

Habré de arrancarte la lengua.

ZOA.

Padre de sus administrados, según le enseñó mi compatricio Osio, Obispo de Córdoba, Constantino remediará tus desafueros.

GALERIO.

¡Cuánto tarda en principiar la fiesta!

ZOA.

Desde el galo, terror de Germania, al africano, huracán del Desierto, le siguen victoriosos, por los Alpes como por el Mediterráneo, voluntarios de todas las naciones.

GALERIO.

Ahora. Ya oigo el chirriar de la carne. (Percíbense sordos murmullos.)

ZOA.

Es el rugir de la plebe, que se cansa de tales espectáculos.

GALERIO.

Los soldados deponen las armas y libertan á los prisioneros!... ¡Traición!

ESCENA VII

Dichos. — **Ulfo.** — Luego **Pretorianos** y **Paisanos** que vocean en el interior de la galería.

ULFO.

(Saliendo, espada en mano, de las habitaciones imperiales.) ¡Señor!

GALERIO.

¡Qué hay?

ULFO.

Estamos perdidos.

GALERIO.

No te alejes de mí. (Suenan en la Plaza trompetas y clarines.)

ULFO.

Los insurrectos asedian tu Alcázar.

GALERIO.

¡Ah de mis leales del Pretorio!

ULFO.

Grito inútil.

GALERIO.

(Á los etíopes.) Avisadlos... ¡No os movéis?

ZOA.

Los petrificó tu despotismo. (Relampaguea y truena segunda vez.)

GALERIO.

¡Todos me abandonan!

ULFO.

Todos menos Ulfo.

GALERIO.

(Á Zoa, después de colocar una flecha en un arco que sacó de bajo su túnica.) Saciaré en ti mis iras.

VALERIA.

(Interponiéndose.) Mi abnegación no llega al crimen.

GALERIO.

(Inclinándose más al balcón.) Parecen tropas del César Constantino.

ZOA.

(Arrebatándole el arma.) Mandadas por el General Flavio.

GALERIO.

¡Tu hijo?

ZOA.

Mírale... ¿Y el tuyo?

GALERIO.

(Al Prefecto.) Ve en su busca. Tráeme á Candidiano.

ULFO.

¡Separarme de ti en el peligro!

GALERIO.

¡Ojalá me desgarraran las entrañas la noche de mi desposorio!

VOCES.

(En el interior de la galería.) ¡Muera Galerio!

ESCLAVO 1.º

(Huyendo.) ¡Muera!

ESCLAVO 2.º

(Idem.) ¡Muera!

GALERIO.

¡Inicuos!... Me ahogo... Un primero de mayo ascendí á César Augusto, y otro primero de mayo desciendo á la tumba... Cuando florecen los árboles, y revolotean las mariposas, y cantan los pájaros, Galerio amarillea, y cae, y enmudece...

ULFO.

(Sujetando á la Emperatriz y acometiendo á la Amazona.) Te vengaré con ríos de sangre.

ZOA.

(Apuntándole con el arco.) No de la nuestra. —(Atendiendo á los marciales instrumentos de hueste que se aproxima.) ¡Oh!... Es la Fuerza escudando á la Razón, dignificada por trescientos años de martirio. (Cuadro.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos.—**Antimo,** que, vistiendo la roja clámide de los Generales, entra por la derecha de la galería á la cabeza de **Pretorianos,** armados de lanzas, y de **Paisanos,** armados de ballestas, picas, etc.—Á su lado, el centurión **Próculo** lleva el Lábaro Imperial, en cuya parte superior del asta muéstrase ya la Cruz.—**Esclavo 2.º, blanco,** y **1.º** y **2.º, negros,** confundidos con el Pueblo y la Milicia.—Luego **Candidiano,** niño de ocho años.—Al divisar á los nuevos personajes, Ulfo rompe colérico su espada, retirándose detrás del escaño augusto.

PRÓCULO.

(Alzando el Lábaro Imperial.) ¡Sárdica por Flavio!

ANTIMO.

(Empuñándole y alzándole á su vez.) ¡Sárdica por Constantino!

GALERIO.

(Oprimiéndose el pecho.) ¡Ay... de mí!...

ESCLAVO 1.º, NEGRO.

Despedacemos al tirano.

VALERIA.

Respetad á un moribundo.

UN PRETORIANO.

Aniquilemos á sus defensores.

ZOA.

Respetad á los vencidos.

ANTIMO.

¡Pueblo y Milicia que lucháis bajo mi estandarte! ¿Oísteis hablar de Antimo, del centurión degradado y envenenado en Nicomedia?

VOCES.

Sí.

ANTIMO.

Yo soy.

VOCES.

¡Viva!

ANTIMO.

Yo, que para eludir asechanzas de nuestro común perseguidor tuve que mudar hasta de nombre; yo, que al mirar rendido al Gigante, le perdono.

GALERIO.

Os ayuda... poder sobrenatural...

CANDIDIANO.

(Corriendo desde la galería de la izquierda.) ¡Padre!

GALERIO.

(Mostrándole á todos). ¡Mi... hi... jo!... (Solloza al ver que el caudillo español acoge al inocente, y espira.—Retumba último trueno, á cuyo eco se desvanecen las nubes.—Valeria y Candidiano se postran ante el cadáver.)

ESCLAVO 2.º, BLANCO.

Entréganos su cuerpo.

ANTIMO.

¡Jamás!

OTRO PRETORIANO.

Ya que hemos sufrido tanto, saciemos en él nuestro encono.

ANTIMO.

¡Jamás! Si el Evangelio os deslumbra como deslumbra el sol á los que salen de un abismo, descansad sobre vuestros laureles hasta que comprendáis que los enemigos en la batalla deben ser hermanos en la victoria: dón que únicamente eleva á los que le merecen. — ¿Afirmaríais que, al volar su alma á otros espacios, no murió arrepentido?

PRÓCULO.

¡Misterio impenetrable!

ANTIMO.

Pues en la duda, oremos por Galerio... y por Diocleciano, que acaba de suicidarse en Salona.

VALERIA.

¡Tambien él!

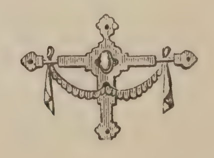
ZOA.

¡Suicida!

ANTIMO.

(Levantando á Valeria, acariciando á Zoa y colocándose entre ambas.) Llorad conmigo los pesares de la tierra, mientras, evocando las dichas del cielo, nos regeneramos al pie de una Cruz (indicando la del estandarte), ayer suplicio afrentoso y hoy gloria inmarcesible, apoteosis del Amor, de la Verdad y de la Justicia. (Al dominar este grupo la escena, cuyos lados ocupan de rodillas la Milicia y el Pueblo, Candidiano estrecha á su yerto padre.— Cuadro. — Telón.)

FIN DE LA TRAGEDIA.



ÍNDICE

30



OBRAS DE ABDÓN DE PAZ

La Biblia de las mujeres (defensa del bello sexo).— Ilustrada por Perea y Severini. — 6 pesetas. — Editor, M. Guijarro, Preciados, 5, Madrid.

El Arbol de la Vida (estudios sobre el Cristianismo).— Segunda edición. — 5 pesetas.—Editor, A. Jubera, Campomanes, 10.

Luz en la tierra (armonía entre el Catolicismo y la Ciencia). — Laureada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. — Segunda edición, con el retrato y biografía del autor, por E. Pérez Escrich. — 5 pesetas.— Editor, Jubera.

Sueños y nubes (colección de novelas). — Segunda edición. — 3 pesetas. — Editores, F. Bueno y Compañía.—Librería de Jubera.

EN PRENSA

DE AQUÍ Y DE ALLÍ

Editor, I. López Bernagosi, Barcelona.